La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 28 de marzo de 1892 — Núm. 535



EL SALVADOR, escultura de D. Agustín Querol

SUMARIO

Texto. – *Crónica de Arte*, por R. Balsa de la Vega. Asuntos de que trata este artículo: *El baile del Círculo de Bellas Artes. Las panderetas. El nuevo concurso para las estatuas de «San Isidoro» y «Cervantes.» Final de un litigio. Principio del fin de una corporación artística.* – *La gran guerra de 1892. Un pronóstico* (continuación). Comprende este artículo las descripciones del *Combate de caballería cerca de Ligny, Derrota de los franceses* y *Encuentro en Vaux Champaña.* – *¿Nos casaremos? Discusión trascendental de sobremesa*, por Pedro de Madrazo. – *Miscelánea*, dividida en cuatro secciones con noticias de *Bellas Artes, Teatros, Necrología* y *Varia.* – *Nuestros grabados.* – *Hacia el ocaso* (continuación), novela de Pablo Margarite, con ilustraciones de Marold.—Sección científica: *La red de ferrocarriles del Estado de Sumatra.* – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. – *El Salvador*, escultura de D. Agustín Querol. – *Visita frustrada*, cuadro de F. Kraus. – *El señor feudal*, cuadro de D. Luis Alvarez (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890). – *¡Dámela!*, cuadro de Hermán Vogler. – *Carreras de carros en Roma*, relieve de D. Mariano Benlliure. – Dos grabados correspondientes á la novela de Pedro Marguerite, titulada *Hacia el ocaso.* – Los grabados pertenecientes á la *Sección científica* de este número son los dos siguientes: Fig. 1. Ferrocarril del Estado de Sumatra. Nuevo viaducto sobre el río Anei. – Fig. 2. Traviesas empleadas en el ferrocarril de cremallera de Sumatra. – *Cansada del baile*, cuadro de D. Maximino Peña (Exposición de Bellas Artes de Berlín).

CRÓNICA DE ARTE

El baile del Círculo de Bellas Artes. – Las panderetas. – El nuevo concurso para la estatua de *San Isidoro* y *Cervantes.* – Final de un litigio. – Principio del fin de una corporación artística.

Llena, rebosando disfraces y fraques, estaba la sala del regio coliseo la noche del baile de máscaras del Círculo de Bellas Artes. Los ingresos debieron de ser cuantiosos. Calculo que á las dos de la madrugada habría en el teatro más de tres mil quinientas personas; y si tenemos en cuenta que para la prensa madrileña apenas se habrán dispuesto de ciento cuarenta á ciento sesenta billetes, por este lado el reclamo y el bombo tampoco le ha salido muy caro á la sociedad, y por lo tanto, el ingreso no debió sufrir merma de cuantía. Por mi parte puedo afirmar que algunos críticos de arte y periodistas de los principales diarios de esta corte se quedaron por *fas* ó por *nefas* en la calle, y los que asistieron al baile pagaron 15 pesetas.

El gran atractivo de esta fiesta era la rifa de ochocientas ó novecientas panderetas, pintadas por los socios del Círculo las más, y las menos con autógrafos de Cavia, Vital Aza, Ramos Carrión, Manuel del Palacio, Estremera, Miguel de los Santos Alvarez, Blanco Asenjo, Fernández Bremón, Avilés, etc., etc. Todo el mundo se forjó la ilusión de adquirir una de aquellas chucherías avaloradas por el pincel y la pluma, y en efecto, todo el mundo se quedó sin panderetas (salvo unas docenas de personas, entre las que se contaban varios mercaderes de obras de arte), pues á la media hora de comenzada la rifa se agotaron.

Aparte de este atractivo y de la enorme concurrencia de mujeres hermosas, algunas de las cuales llevaban elegantes disfraces, nada de particular hubo que merezca describirse.

***

Hállanse expuestos al público, en los salones de la Academia de San Fernando, los bocetos presentados por escultores españoles para las estatuas de *San Isidoro* (sedente) y *Cervantes*, que habrán de ser emplazadas en las fachadas del nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos de esta corte.

Veintiséis bocetos ó modelos son los expuestos, dándose la coincidencia de que, tanto para una estatua como para la otra, es igual el número de proyectos; es decir, á *trece* por estatua.

Puede afirmarse que no se revela en ninguna de estas veintiséis obras la genialidad de un artista. De mi larga visita y detenido examen saqué la impresión siguiente: «Falta de dominio del dibujo en todos los escultores allí representados; gran desconocimiento de los personajes que pretenden caracterizar, así psíquica como físicamente; desprecio absoluto de la indumentaria.»

Hay excepciones, sin embargo, en lo que al dibujo y á la indumentaria se refiere. Tasso es de los escultores que con más seriedad, con más dominio de la forma y con más respeto á la indumentaria se presenta; Atché también modificó su manera de pensar respecto de este particular, y su boceto se acerca á la verdad histórica; Alcoverro lo mismo. Esto por lo que atañe á la estatua de San Isidoro. De la de Cervantes puede decirse que el traje de la época de Felipe III es el único conocido al dedillo por nuestros artistas, y que por lo tanto no tendrá necesidad el Jurado de corregir anacronismos: de dibujo, de buen gusto, eso ya es otra cosa.

Diré algo de *San Isidoro* y de los bocetos mejores para su estatua.

Sabido es de los lectores de La Ilustración Artística la importancia que en la historia de la cultura de los siglos de la España goda tuvo el célebre arzobispo de Sevilla. Además de considerársele como historiador notable, y especialmente su *Crónica de los godos, suevos y vándalos* como modelo del género, donde su asombrosa inteligencia se muestra esplendorosa es en el libro *Las Etimologías*, compendio de todo el saber humano de aquellos tiempos. Añadiendo á esto la obra filológica sobre el *valor de las palabras* y la legislación canónico-civil de los Concilios por él presididos, vendremos á formarnos una idea de la actividad y de la suma de trabajo y estudio llevados á efecto en los 64 años de la vida del célebre santo sabio, amigo y consultor del gran Gregorio.

Más que á la edad, que como apreciarán mis lectores no era muy avanzada, rindióse la enérgica naturaleza del prelado sevillano á la múltiple tarea y á la abstinencia. El mismo Isidoro, aun cuando incidentalmente, se retrata al decir que la vida del dedicado á los cuidados del entendimiento vase concentrando poco á poco en los ojos, enfriando los nervios, consumiendo la carne y encaneciendo barba y cabello.

He aquí en pocas líneas el retrato físico y moral del sucesor de San Leandro. ¿Acertaron á interpretarlo los escultores que concurren á este certamen? Tengo por cierto que la noble franqueza de los señores Atché, Tasso, Vallmitjana Abarca, Clarassó, etc., no les permitirá decir que sí. A la estatua del Sr. Tasso fáltale carácter físico y verdad histórica. La razón es muy clara. Considerábase entre los godos la decapilación como deshonra, y el Sr. Tasso nos envía un prelado godo barbilampiño. El tipo godo era de facciones enérgicamente pronunciadas, y el Sr. Tasso hizo un afeminado, casi un romano de la decadencia. El carácter por el cual ocupará la estatua del arzobispo un lugar en la decoración de la Biblioteca corresponde al sabio, y el Sr. Tasso hizo más bien un santo. Lo mismo le acontece al boceto del señor Atché. Aquella cabeza llena de dulzura, de unción; aquella mirada de extático, nos habla en lenguaje del cielo, pero no revela al sabio enérgico, al investigador tesonudo. Y no digamos nada del modelo del Sr. Vallmitjana Abarca: es el de un santo obispo que así puede representar á San Venancio, como á otro santo mitrado, menos á San Isidoro.

Vengamos á la indumentaria y al dibujo. Salvo la mitra y el tamaño del *pallium*, los bocetos de los dos primeros escultores están bien en lo que á este particular atañe; no así el del Sr. Vallmitjana Abarca, quien considera el *pallium* como *broderie* superpuesta y busca en el siglo XIII una mitra para un prelado que muere en el primer tercio de la séptima centuria; cuanto al dibujo, el del modelo del Sr. Tasso es muy discreto y sencillo de líneas; el del Sr. Atché, descuidadísimo, tanto, que debajo de la balumba de pliegues en que se halla envuelto no se ve cuerpo humano; el del Sr. Abarca, falto de proporciones, la cabeza muy grande, los hombros estrechos y de las rodillas abajo apenas hay una cabeza de distancia.

Para mí el único modelo estudiado á conciencia es el del artista tarraconense Sr. Alcoverro. Bien dibujado, bien puesta la figura, sencillamente hecha, tan sólo le falta para ser una obra maestra ese algo, esa *quisicosa* que se llama genio, inspiración. La del Sr. Alcoverro es la estatua del que suple la falta de esa condición sublime con el estudio y la labor constantes. Y me apresuro á advertir que ha logrado el escultor de quien hablo un triunfo al acercarse como se acerca á la verdad del tipo histórico; pero se resiente de mezquino. ¡Lástima grande que aquella testa primorosa, que aquellas manos tan bien apuntadas, que aquel conjunto tan armónico no haya sido la obra de un escultor más franco, más enérgico!

Cervantes sigue siendo tan desgraciado después de muerto como cuando andaba por este valle de lágrimas. Todos los modelos para su estatua tienen dos defectos graves, el de estar mal dibujados y el de no representar al autor del *Quijote.* Y estos dos defectos en verdad que no son para perdonados fácilmente. Verdad es que casi todos los artistas expositores son gente nueva.

Pero debo descontar de la cuenta de las deficientes las de los Sres. Serveto, González de la Pola y Vancells. El modelo del primero está bien movido en general, quizá un poco movido demás, pero sin que llegue á la exageración. De proporciones y de línea, muy acertado: únicamente el brazo derecho, cuya postura resulta rebuscada y sin encaje el codo. El del Sr. González de la Pola es un trasunto del héroe manchego, más bien que del escritor insigne. Algo largo, discreto de trazo y sencillamente puesto. Lo mejor de este modelo es la cabeza, verdadero retrato de Cervantes. El boceto del Sr. Vancells, discreto de dibujo el torso; muy corto de piernas, y con poco carácter la testa. El afán del artista de acumular cachivaches á los pies de la estatua, hace que se distraiga la atención de la figura y que no sea lo serio que debiera el conjunto de la obra.

***

El ministro de Fomento acaba de fallar el pleito pendiente, con motivo de la adjudicación del frontón para la nueva Biblioteca, entre una parte de la prensa y del público, y la mayoría de la Academia de San Fernando.

Permítanme mis lectores que me dé la enhorabuena. Tuve el honor de exponer desde la prensa, primero que nadie, las razones que creí justas en defensa de los fueros del arte, atropellados, quizás inconscientemente, por una parte de la Academia de San Fernando, y me cupo la honra de que fuesen atendidos mis escritos, promoviendo los principales artistas españoles residentes en Roma una protesta que dió lugar á la real orden publicada hace días, en la cual se dispone: «que no puedan ser jurados los individuos de la citada corporación académica en ningún concurso público en el que tome parte cualquiera de dichos individuos, sea de número ó correspondiente.»

Pocos días después tuve ocasión de emitir parecer, también desde el periódico, respecto de la magna cuestión del *frontón*, invitando á la Academia, en la persona de su presidente accidental, á que expusiera las razones en que se apoyaban, tanto aquel cuerpo como dicho señor presidente, para rechazar el único boceto viable. También esta vez la resolución adoptada por el Sr. ministro de Fomento vino á dar como buenas mis razones, al revocar como revoca lo acordado por el cuerpo consultivo, y al adjucar como adjudica la obra del *frontón* al señor Querol.

Dícese que todavía la Academia llevará este acuerdo del ministro al Consejo de Estado. Dudo mucho de que á tal extremo se recurra, pues tengo por cierto que, dadas las razones en que el Sr. Linares Rivas funda su resolución, el fiscal no admitirá el recurso. Por otro lado, con este motivo se han puesto de relieve defectos del reglamento interior de la Academia, los cuales en varias *Cartas académicas* por mí dirigidas al Sr. Linares Rivas, hube de señalar hace un mes con objeto de que los tuviera en cuenta para reformar dicho reglamento y evitar así contiendas como esta de que hablo; y en efecto, tengo entendido como muy en breve se procederá á la revisión del articulado, modificando atribuciones que ya no concuerdan con el espíritu del arte moderno.

Nunca guió mi pluma la animosidad contra determinada corporación ó individuo. Lejos de mi carácter esas contiendas donde se ventilan cuestiones de interés particular, procuré y procuro, en la medida de mis fuerzas, atacar la rutina, defender el arte, manifiéstese en la forma que quiera, y señalar con el dedo el mal. En esta ocasión he creído deber mío romper una lanza contra el autoritarismo secular, que se imponía ó pretendía imponerse en nombre de un saber considerado como indiscutible, y la he roto. La he roto porque creo, cada día más fundadamente, que en materias artísticas ya no rigen ni pueden regir códigos estéticos, especialmente aquellos que, forjados hace siglos y siglos, llegaron hasta nosotros con tantas reformas y mutilaciones, que han perdido por completo su carácter y por ende su virtualidad.

En la conciencia de todo el mundo está que las Academias de Bellas Artes, únicamente como centros de enseñanza pueden existir, no como cuerpos directivos, puesto que de la varia forma y de la varia idea surge el admirable conjunto del arte, elaborándose de tantos modos y bajo tantos influjos, que sería pretensión extraña poderlos aquilatar todos y sujetarlos á un molde.

Estamos en el principio del fin de instituciones ayer jóvenes y necesarias á la república, hoy caducas y nocivas.

R. Balsa de la Vega

Marzo, 1892



UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

COMBATE DE CABALLERÍA CERCA DE LIGNY

DERROTA DE LOS FRANCESES

(De nuestro corresponsal particular.)

Namur, 5 mayo

Esta noche recibo un parte anunciándome que los alemanes con su artillería ligera de sitio han bombardeado desde Metz los fuertes avanzados de Verdun en las primeras horas de la mañana del 3. Como no estaban montados aún los cañones de las baterías anexas de las obras defensivas de los franceses, cada fuerte se vió rodeado muy pronto de un círculo de fuego, al que no pudo contestar directamente; de modo que todos ellos están ahora convertidos en un montón informe de ruinas. Los cañones se hallan desmontados ó sepultados bajo la tierra que han levantado las bombas al reventar, pero todavía no se ha hecho ninguna tentativa de asalto.

También se dice que la caballería alemana ha tratado de emprender una correría en dirección al Luxemburgo, pero sin grandes resultados. Dos escuadrones lograron deslizarse alrededor de las obras defensivas de Verdun, y volvieron anoche á territorio alemán por cerca de Mars la Tour, destruyendo á su paso líneas férreas y alambres del telégrafo.

Namur, 9 mayo

Hoy se ha librado un reñido combate de caballería en las inmediaciones de Ligny y Saint-Amand, nombres tan conocidos en la campaña de Waterloo, habiendo los franceses llevado decididamente la peor parte.

Antes de comenzar mi relato debo añadir que la censura es aquí muy severa y que no se permite hacer mención del número de cuerpos ó regimientos ni de los nombres de sus jefes, datos que tienen gran valor para un enemigo, pues le permiten tergiversar los informes, siendo como es siempre posible interceptar los alambres entre esta población y Bruselas.

Ayer tarde pude obtener asiento en un tren que marchaba á Gembloux, adonde había llegado una división de nuestra caballería alemana en las primeras horas del día. Por casualidad encontré un amigo del regimiento de húsares, quien me dijo que otros tres oficiales y él habían recibido orden de practicar un reconocimiento en la mañana del día siguiente y que podía ofrecerme un asiento en su carruaje. La idea de presenciar un combate de caballería me halagó, pedí informes, y mi amigo me dijo que él y sus compañeros, todos consumados jinetes, tenían caballos amaestrados para las carreras que la guerra había interrumpido, pero que su coronel les había dicho que podían utilizar sus cuadrúpedos de una manera más provechosa, prestándole á él sus servicios, que les proporcionarían tal vez ocasión de distinguirse más que bajo sus banderas. Al efecto, apenas ocurriese la colisión que esperaba, debían tener preparados sus caballos, deslizarse entre los exploradores del enemigo en la confusión de la escaramuza y avanzar cuanto fuese posible por el Sud y Oeste para practicar un reconocimiento.

Inútil parece decir que acepté la oferta. A las dos de la madrugada iba ya con mis amigos por el camino de Ligny, donde estaban las avanzadas.

Los últimos partes recibidos anunciaron que la caballería del enemigo, una división por lo menos, se hallaba entre Fleurus y Charleroi. La vanguardia de nuestra división, compuesta de la brigada de húsares, se puso en movimiento una hora antes de amanecer, siguiendo la línea del camino real. Nosotros nos quedamos atrás para esperar la llegada del grueso de las fuerzas, y luego nos dirigimos hacia Saint-Amand. Pronto llegó el cuerpo principal, y casi al mismo tiempo vimos que los húsares retrocedían á través de la línea férrea y supimos que avanzaba ya la caballería francesa.

El jefe de la división se adelantó para reconocer el terreno de enfrente, dejando orden para que las fuerzas se prepararan al ataque, formándose en una depresión del terreno que había á retaguardia, casualmente la misma en que el general Blucher había situado la reserva de la derecha antes de la batalla de Ligny en 1815.

La mañana era magnífica y el sol comenzaba á salir cuando vimos tres baterías de la artillería montada de los franceses cruzar la línea férrea y extenderse en la llanura. Nuestras baterías estaban preparadas también, y como los franceses ya nos habían visto, entraron en acción de frente. Los dos primeros disparos se hicieron poco menos que simultáneamente por cada parte, y el duelo comenzó. Como frente á nosotros había una hondonada y el sol se reflejaba en los ojos del enemigo, tuvimos gran ventaja, y al cabo de cinco minutos uno de los cañones franceses quedó desmontado. Entretanto, los húsares daban la vuelta para tomar posiciones como segunda y tercera línea de las dos brigadas.

La caballería francesa cruzaba en aquel instante el camino de hierro en línea de columnas de escuadrón, y se formó inmediatamente, en tanto que nuestro comandante daba la señal de avanzar. Cuando nuestros caballos cruzaban la meseta donde los cañones funcionaban, los franceses, viendo que no estábamos del todo en línea, supusieron sin duda que intentábamos atacar su izquierda, por lo cual preparáronse para recibirnos.

Al llegar á la hondonada, nuestra caballería se formó otra vez en línea, cruzó un pequeño barranco sin el menor desorden, y después, hecha una silenciosa señal, avanzó á galope en columna cerrada. Este movimiento le permitió acercarse al flanco y retaguardia del ala izquierda francesa; mas un momento después vimos la reserva del enemigo, oculta hasta entonces por los árboles á lo largo del sendero que se extiende desde Perwin á Bry, moverse en dirección al flanco de nuestra primera línea. La situación era muy crítica, y cierta inquietud se apoderó de nosotros; pero un momento después oímos la llamada del regimiento que estaba á la cabeza y la orden «línea de frente,» de lo cual dedujimos que estaba conjurado el peligro.

Simultáneamente también, la retaguardia de la columna, formando igualmente en línea, avanzó para emprender el ataque.

Los franceses se hallaban en situación muy difícil para recibirnos; el movimiento hecho para contrarrestar el ataque que de nosotros esperaban había alterado su orden, y desde el instante en que se dejaron ver, nuestra artillería produjo en ellos grandes destrozos. Entre el polvo y el humo de las bombas que reventaban vimos miembros y cuerpos volar por el aire, y en el ala derecha y la segunda línea del enemigo reinaba ya la mayor confusión antes de ser atacada por la izquierda. Esta ala se había librado de nuestras bombas, porque el fuego sobre ella era un peligro para nuestras tropas; pero habiendo visto el que la amenazaba, dos escuadrones trataron de evitarlo. Sin embargo, ya era demasiado tarde; un momento después, las cornetas dieron la señal de «carga,» y nuestra caballería se precipitó hacia adelante. Oímos el estruendo del choque, viendo caballos que retrocedían ó caían, y después una nube de polvo nos impidió observar lo que pasaba. Los franceses no se dieron con esto por vencidos; rehiciéronse los restos del ala derecha y de la segunda línea, reunidos por los oficiales, y lanzáronse de nuevo en la refriega. De vez en cuando veíamos grupos de nuestros coraceros y de uhlanos salir de la nube de polvo, dar la vuelta y volver al mismo sitio, y durante un momento la lucha se mantuvo estacionaria, pues en aquel punto los franceses eran numéricamente superiores. Después volvimos á oir en la hondonada el toque de carga, y por espacio de un segundo ó dos vióse la izquierda de nuestra tercera línea precipitarse á su vez para tomar parte en el combate. Este último ataque fué el que decidió la jornada, porque nuestras fuerzas, cayendo sobre el flanco de baterías enemigas, lo arrollaron todo á su paso; y cuando se desvaneció la nube de polvo, vimos abandonados ocho cañones del enemigo alrededor de los cuales se agrupaban los húsares.

Solamente vi en parte lo que sucedió en el ala derecha, porque los árboles me impidieron observar el conjunto; de manera que debo fiarme del testimonio de los demás.

El regimiento que había formado el frente era uno de los más pesados del ejército, y enorgullecíase de ser el que se mantenía más unido al dar las cargas. Mejor fué para él en aquella ocasión observar esta táctica, pues el enemigo que debía combatir era muy poderoso. El choque fué directo; los franceses aflojaron sus líneas en el último instante, y los coraceros cruzaron entre ellas, conservando su formación casi intacta. Después, dando la vuelta, atacaron á los escuadrones franceses, obligándoles á retroceder hacia la hondonada, donde la segunda línea de húsares, sabiendo lo que ocurría en el frente, había tomado posición y cargó á su vez.

Poco á poco las fuerzas comenzaron á desordenarse, y los alemanes se formaron de nuevo en escuadrones cerrados, mientras que los franceses se dirigían á los bosques de Lambusart.

Las pérdidas parecen haber sido insignificantes, porque los soldados no se pudieron alcanzar unos á otros por el choque de los caballos entre sí, no habiendo producido mucho efecto las lanzas porque las filas eran demasiado compactas. Nuestra artillería ha hecho grandes destrozos entre los franceses; y gracias á la destreza de nuestro jefe, que supo tener al enemigo entre él y los cañones, nos hemos librado casi

del todo de su fuego. También fué una gran ventaja para nosotros tener el sol á la espalda, lo cual no permitió á los artilleros franceses, por diestros y valerosos que sean, ocasionarnos grandes pérdidas.

Nadie puede acusar á los franceses de no ser bravos; pero acabamos de tener un ejemplo de que esto no basta para la eficacia de la caballería. Los alemanes han alcanzado la victoria por su perfecta precisión en los movimientos y por no haber incurrido en ninguna torpeza. En cuanto al jefe francés, no debía ser muy práctico, y si se hubiera mantenido más tiempo en columnas de escuadrones le habría sido dado tal vez alcanzar mejor éxito.

Mientras escribo estas líneas, un oficial de estado mayor ha tenido la bondad de venir á decirme que esta noche se emprenderá otra marcha, y me parece que dentro de muy poco tiempo podré anunciar alguna novedad: no me atrevo á decir más por ahora.

Mis amigos de esta mañana han vuelto sanos y salvos después de haber recorrido sesenta millas. Me dicen que los franceses tenían esta mañana treinta y seis escuadrones contra nuestros veinticuatro, mas no puedo publicar más informes.

Vouziers, 12 de mayo, á las doce de la noche

Al fin ha caído el telón después de terminado el primer acto de esta gran tragedia nacional; el primer problema estratégico se ha resuelto ya, y otra vez quedo libre para escribir.

Véase en resumen lo que ha sucedido.

Todas las tropas útiles de Metz (nuestro tercer cuerpo de ejército) salieron para las operaciones de que hablé en mi telegrama del 5, dirigiéndose á las inmediaciones de Luxemburgo.

Los cinco cuerpos del primer ejército se concentraron en Namur y distritos del Norte, detrás de la frontera septentrional de Mezieres y Sedán; mientras que el cuarto cuerpo se formó entre ellos, siguiendo otros tres á retaguardia.

Estos movimientos se completaron el día 9, y al amanecer del 10 las primeras tropas de los tres ejércitos cruzaron la frontera.

Dos cuerpos franceses, distribuídos para la defensa del Mosa, fueron sorprendidos por el tercer ejército mientras trataban de concentrarse, viéndose obligados á retroceder en el mayor desorden.

El segundo ejército no encontró oposición y su caballería pudo llegar á Buzancy.

Las divisiones de caballería avanzadas del primer ejército empeñaron un reñido combate con la caballería francesa en la meseta situada entre el Mosa y el Aisne, obligándola á retirarse hacia Laón, de modo que nuestra vanguardia pudo cruzar el primero de dichos ríos, entre Mezieres y Sedán, habiendo vivaqueado las primeras tropas en la línea de Rancourt-Omont-Poix. La jornada fué fatigosa; pero el tiempo estaba frío, y las tropas recorrieron bien sus veinticinco millas.

No he podido presenciar ninguna de las colisiones de este día; mas por lo que me han dicho, la victoria de los nuestros se debió á las mismas razones que la de Saint-Amand-Bry.

En cambio pude presenciar el combate del día siguiente, y envío los detalles, que escribí aquella misma noche.

ENCUENTRO EN VAUX CHAMPAÑA

Dricourt, 11 mayo

Alcancé el grueso de las fuerzas de nuestra división de caballería cerca de Tourteron, pueblo que dista siete millas del Aisne, y supe que era seguro un encuentro á la mañana siguiente, pues habíase recibido un parte anunciando que considerables fuerzas francesas estaban en el valle del Aisne, hacia Vouziers; y desde una colina inmediata pudimos ver las hogueras de un vivac, mientras que por el Sud oíamos el ruido de los trenes que pasaban de continuo á breves intervalos por la línea de Reims-Amonthois.

A las tres se recibieron órdenes del cuartel general, y á las cuatro y media nos poníamos en movimiento. Yo seguí al estado mayor porque se me había dado permiso para ello.

Nuestra misión era bien conocida, tenía por objeto tomar las alturas que se hallaban más allá del Aisne para que nuestra infantería cubriese el paso de la corriente.

En el camino recibióse noticia de que un numeroso cuerpo de tropas francesas avanzaba para salirnos al encuentro por el mismo camino, é hízose evidente que se trataría de rivalizar en rapidez para ver quién llegaba antes á las las llanuras de Vaux Champaña. Cierto que nuestra caballería estaría allí á tiempo, pues nuestros exploradores habían pasado ya de aquel punto; pero la cuestión estaba en tener allí fuerza suficiente para oponerse al avance del enemigo.

Se aceleró la marcha, y al fin pudimos llegar á nuestro destino á las siete y cuarto. La situación era muy semejante á la que vi durante las maniobras francesas el año último cerca de Lesmont.

Debo decir dos palabras acerca de las condiciones del terreno: las llanuras de Vaux forman como una T dominada por una larga cordillera; nosotros estábamos en la línea transversal, mirando al Sud, limitándose nuestro campo de visión á un espacio de 1.500 á 3.000 varas; dos vallas se extendían al Este y al Oeste desde el punto central, siendo las pendientes ligeramente accidentadas. Si hubiésemos llegado diez minutos más tarde, la infantería hubiera ocupado los huecos fuera de la línea visual de nuestras baterías, y en pocos minutos habríamos sido derrotados. Sólo teníamos tres baterías, y yo ignoraba dónde se hallaban las demás y no me atreví á preguntarlo. Por el Norte una densa niebla cubría el río, y el valle estaba silencioso. Los minutos parecían horas; mas al fin se oyó el familiar sonido de las cureñas y carros de la artillería, y poco después vimos los cascos de los artilleros. Entonces supe que, confiando en los informes de la caballería, trataba de practicar la misma maniobra en que los franceses fracasaron el año anterior. Los que llegaban no podían ver sino nuestros cuerpos de artillería, y situando los cañones en las alturas era seguro que la infantería no podría apoderarse de ellos. Sin embargo, el enemigo se acercaba, pues á intervalos se oían tiros aislados, y no tardamos en ver algunos batidores que retrocedían.

Los cañones fueron convenientemente emplazados y de pronto se dió la orden de cargar. Yo me coloqué en el frente y pude ver las primeras líneas de toda una división francesa que se desplegaba para la acción. El blanco no podía ser mejor, y un momento después diez y ocho baterías por lo menos lanzaron sus proyectiles sobre aquella masa indefensa. En una colina se empeñó la más sangrienta lucha que yo recuerdo haber visto.

Los franceses intentaron contestar al fuego; pero á los pocos instantes, el humo y el polvo levantado por nuestras bombas los rodearon completamente, impidiéndoles dirigir bien sus proyectiles, mientras nuestros artilleros menudeaban las bombas explosivas, que ocasionaban grandes destrozos en el enemigo, á juzgar por los gritos de los heridos, que llegaban hasta nosotros. Aquella escena de horror me angustiaba, y miré á otra parte. Entonces vi que toda nuestra división de caballería trataba de aprovecharse de los efectos obtenidos por la artillería: formada en columnas de regimientos hábilmente flanqueados por infantería, movíase perpendicularmente á la prolongación de la línea del enemigo. Durante un momento desaparecieron á mis ojos, y cuando volví á verlos avanzaban en sentido oblicuo á través del frente de los franceses, presentando seis líneas sucesivas que debían vencer toda resistencia. Las dos primeras aumentaron la distancia que las separaba, y cuando estuvieron á quinientas varas del enemigo se mandó avanzar al galope. También los franceses quisieron flanquear, pero el fuego de metralla de dos baterías los contuvo y un momento después fueron atacados por la caballería. En el primer momento la primera línea vaciló por las descargas cerradas de los franceses, que nos causaron numerosas bajas; pero siguió la segunda y después la tercera y cuarta, preparándose la quinta y sexta para flanquear. Entonces se produjo una espantosa confusión, los franceses hacían fuego como locos en todas direcciones; pero como el grueso de sus fuerzas se dirigía hacia la colina, inutilizaron el fuego de sus cañones, que hasta entonces contestaban á los nuestros y ahora podían hacer daño á los mismos franceses: nuestros lanceros, aprovechándose de la confusión, consiguieron inutilizar alguna de las piezas del enemigo. El fuego había comenzado á las ocho de la mañana, y veinte minutos después de la primera carga de caballería toda una división de infantería francesa quedó destrozada. Sin embargo, nuestra posición no dejaba de ser crítica, porque no podíamos conservar el terreno conquistado, pues se acercaban refuerzos de los franceses y oíamos ya tronar sus cañones contra la caballería, que pronto comenzó á retroceder en desorden.

Mucho hubiéramos dado entonces por tener á nuestra disposición una brigada de bersaglieri ó de infantería ligera como la del enemigo, pero nuestras primeras compañías estaban todavía á unas dos millas de distancia. Me encaminé á una altura y busqué el sitio más conveniente para observar bien lo que iba á suceder.

A unas dos millas, por el Sudoeste, vi una brigada francesa con seis baterías, formada ya para el ataque; los cañones entraron en acción por el Este, y casi al mismo tiempo tomaron posición las baterías prusianas; pero los franceses se habían anticipado, y llamaron la atención de los alemanes para que su infantería pudiera bajar por la pendiente. Atendidas las condiciones del terreno, era indudable ahora que las dos infanterías iban á encontrarse á doscientos pasos de distancia, y probablemente la victoria se declararía en favor de la que fuese la primera en atacar. Alemanes y franceses se aproximaban con la mayor rapidez, los primeros en líneas de columna y los segundos en compactas filas. De improviso y casi simultáneamente la línea de los franceses se tendió en el suelo, mientras que los prusianos se detenían, permaneciendo inmóviles un momento. Después el enemigo, observando sin duda que no podía ver bien, púsose en pie, y entonces resonaron nutridas descargas y la muerte se cebó en la línea de los franceses, que cayeron en gran número; pero lo mismo les sucedió á los prusianos. La lucha se prolongó porque los refuerzos franceses estaban más á mano, pero su fuego no era igual. Por espacio de cinco minutos la refriega fué muy sangrienta y el estruendo de la fusilería atronaba los oídos; muy pronto, empero, oí el redoble del tambor y pude ver que la segunda línea de los prusianos avanzaba. Cuando estuvo bastante cerca, el fuego cesó en parte, y con sus oficiales á la cabeza precipitóse con gran ímpetu; pero los franceses no cedieron, porque sus reservas estaban muy próximas formando columnas; de modo que el combate se generalizó en toda la línea. No hubo ataque á la bayoneta; alemanes y franceses detuviéronse á los treinta pasos, y otra vez se rompió el fuego con mucho vigor, sufriendo grandes destrozos los franceses, más que los prusianos, porque una sola bala de éstos, disparada por la nueva carabina, bastaba para atravesar diez ó doce hombres. Los batallones franceses comenzaron á retroceder hacia la retaguardia, moviéndose con creciente celeridad colina abajo, y en aquel momento dos escuadrones de la caballería alemana se precipitaron contra el enemigo de un flanco á otro.

Tal vez no hicieron mucho daño, si bien diseminaron la infantería; pero los cañones franceses situados en la colina más lejana obligaron á los prusianos á retroceder á su vez.

Entonces comenzó de nuevo el duelo de la artillería, pero fué de corta duración. Los franceses se proponían sin duda solamente poner término al combate, pues apenas estuvo la infantería á salvo el fuego cesó y se retiraron los cañones.

Los alemanes no se hallaban en estado de perseguir al enemigo, pues era preciso esperar la llegada de las demás fuerzas y reunir al mismo tiempo la caballería.

Eran las once y media, y hacia el Este del terreno alto que domina el Aisne, hacia Vouziers, veíamos brillar una larga línea de cañones, mientras que en la llanura se movían obscuras masas de tropa que apenas se distinguían.

A eso de las cuatro se dió á nuestros escuadrones la orden de avanzar, y á las seis vivaqueamos cerca de un punto llamado Dricourt, desde donde escribo estas líneas. He sabido que los exploradores alemanes vieron desde lejos todo un cuerpo de ejército francés, que se dirigía sobre nuestro flanco esta mañana desde Saint-Remy; pero á eso de las diez, habiendo sabido sin duda el resultado de la acción de Vaux, marchó hacia el Sud, y ahora debe estar á nuestro frente. Parece que el cuerpo francés que hemos batido hoy llegó con una división desplegada para la acción en la izquierda y con una brigada en la derecha. Entre estas fuerzas iba la artillería con la reserva. No sabemos dónde estaba la caballería que debiera acompañarlas.

Otro cuerpo francés fué derrotado cerca de Vouziers, de modo que ya hemos batido á dos y espérase vencer también mañana al que tenemos á nuestro frente, porque nuestras avanzadas están en contacto á lo largo de toda línea. Ignoro cuántos se encontrarán aún, pero nos hemos adelantado dos días á la proyectada movilización del enemigo, y estos últimos combates deben haber contrariado sus combinaciones.

Ha sido una buena idea permitir á las bandas de música de los regimientos tocar esta noche, y no recuerdo haber experimentado nunca tan profunda emoción como la que me produjo el último gran himno, cantado con grande entusiasmo por todos nuestros hombres.

(Continuará)



VISITA FRUSTRADA cuadro de F. Kraus

¿NOS CASAREMOS?

DISCUSIÓN TRASCENDENTAL DE SOBREMESA

Celebraban en un gabinete particular del restau·nt de Fornos el triunfo de un escultor de 24 años, ción elegido para ir á completar sus estudios en la cademia de Bellas Artes de Roma.

Habían comido moderadamente y bebido sin ex·eso, porque los cuatro comensales, aunque jóvenes y icionados á la buena mesa, no eran elegantes disiados, ni mucho menos. Estaba uno de ellos casado on una muchacha honrada y discreta: los demás, olteros. La conversación, bien sostenida, había gira·o sobre cien diferentes motivos; pero siempre venía parar al arte como estribillo, porque todos eran ar·stas: dos pintores, el escultor laureado y un arqui·ecto. Era éste el casado: sus amigos le llamaban *Vi·ruvio* por lo clásico de sus proyectos, en que se re·rataba lo ordenado y metódico de su modo de ser.

En las tazas humeaba el café; las copas de licor, nedio vacías, mezclaban sus tenues y delicados va·ores con el confortante aroma del Moka; la atmós·era, cargada con el humo de los cigarros, ponía roja a llama de las bujías, ya casi consumidas en los andelabros. El reloj de pared acababa de dar las once.

– ¡Qué escándalo, señores, exclamó el arquitecto, a cerca de media noche y yo todavía fuera de mi casa!

– ¡Pobre *Vitruvio*, qué solfa te va á cantar tu mu·er!, observó dando un sorbo en su taza el más ani·nado de los dos pintores.

– Mi mujer, querido Eduardo, es tolerante, y sabe además que yo no abuso; pero pienso que está solita esperándome y alimentando el fuego de la chimenea de mi estudio, porque aún tengo que trabajar un par de horas esta noche antes de acostarme, y no es justo...

– ¿Quién piensa en trabajar á estas horas y des·pués de comer?, interrumpió el otro pintor. Eres muy pacato, como buen casado.

– Seré lo que queráis, pero me va muy bien así. Desde que acepté el santo yugo, no me han dado nunca las doce fuera de mi hogar. Y ¡cómo cunde el tiempo con el buen método de vida!

– Pues yo, replicó Eduardo, amo el desorden en todo. La más bella naturaleza es caprichosa y desor·denada.

– Argumento de paisajista, observó sonriendo el escultor.

– Este *Fidias*, repuso Eduardo, dirigiéndose al laureado, me parece también de los aficionados á la regla y á la simetría. Haces bien, amado anfitrión; mañana saldrás para Roma á tomar posesión de tu plaza de pensionado, ganada en buena lid, que aquí celebramos con este banquete de despedida; y den·tro de pocos años volverás á Madrid casado con una romanaza frescota, dormilona, metódica y redonda como un pandero. Tú te habrás puesto también gordo y pastoso, y vendrás á unir tu voz con la de nuestro *Vitruvio* para predicarnos sobre las excelencias del matrimonio. ¿No es verdad, hermano *Apeles*?, con·cluyó el paisajista, interpelando al otro pintor que permanecía silencioso.

– Sin reglas y sin ordenadas proporciones, contes·tó pausadamente Ricardo, que era el interpelado, dejando caer con el dedo meñique la ceniza del puro en el platillo de su taza, ni se hubiera erigido el Par·tenón, ni hubiera podido Fidias adaptar á sus frisos sus inimitables creaciones. La silvestre y desordena·da naturaleza que acabas de contemplar y de estudiar en los bosques y montañas de Cantabria, te ha im·presionado con exceso. Yo, pintor de historia, idóla·tra de la proporcionada belleza humana en la forma y en la esencia, declaro solemnemente que considero el matrimonio como complemento de la belleza mo·ral del hombre y de la mujer, y que no me espanta la unión conyugal. Si Anselmo se casa en Roma...

– ¡Alto ahí! No me comprometo á tanto, exclamó el escultor interrumpiéndole. Tampoco á mí me asus·ta el santo yugo; pero aplazo la resolución para algu·nos años, y entonces veré si me conviene que mi mujer sea gorda ó flaca, linfática ó nerviosa, blanca ó morena.

– Iba á decir, prosiguió Ricardo, que si Anselmo se casa no hará ningún disparate.

– ¡Bravo!, exclamó el arquitecto. Ya veo yo casado á mi juicioso *Apeles*.

– También yo aplazo mi resolución, como *Fidias*, dijo éste, guiñando el ojo al escultor.

Atisbó Eduardo la risita de inteligencia que se cambiaban ambos y gritó alborozado:

– ¡Ah, hipócritas, os habéis vendido! No los creas, Guillermo: ¡tan incasable es el uno como el otro!

Y mudando de expresión repentinamente, como si le hubiera asaltado algún pensamiento serio, aña·dió con entonación grave y serena:

– Sin embargo, valdría la pena discutir formal·mente si le conviene ó no al artista ser casado. Yo, el más tronera de todos, pero también el más sincero y franco, os propongo este tema para que sobre él emitáis vuestras ideas, prometiendo desde luego que si Guillermo ó alguno de vosotros me convence, doy resuelto mi blanca mano á la primera duquesa con treinta mil duros de renta que la suerte me depare.

– O á la primera cursi que te lance miradas insi·nuantes en la Castellana ó en la acera de Calatravas, añadió riendo el escultor.

– Lo mismo da sepultarse en marmóreo panteón ó en el hoyo de los pobres, replicó el paisajista. ¿Qué decís de mi tesis?

– Acepto la discusión, dijo resueltamente Gui·llermo.

– Yo también, contestó Ricardo.

– Yo me reservo el papel de juez y pronunciaré el fallo, dijo Anselmo desviando su taza vacía y pre·parándose á escuchar atentamente á los oradores.

– Pues pido la palabra, prorrumpió Eduardo, y que *Vitruvio* renuncie por esta noche á la dulce compa·ñía de su mujercita junto á la chimenea de su estu·dio. Tengo observado (así empezó su discurso) que la mujer propia sirve generalmente de estorbo más que otra cosa al artista, sobre todo al pintor; y esto tiene una explicación muy natural. Si yo, por ejem·plo, me casara, lo que Dios no permita, tendría que llevar á mi pobre mujer á todas las excursiones que me veo precisado á hacer como paisajista para estu·diar la naturaleza, más intratable y zahareña á veces que las feroces palurdas con quienes tiene uno que habérselas con harta frecuencia. Hay que andar en muchas ocasiones, ya en malas cabalgaduras, ya á pie, por sierras fragosas y enmarañados bosques; en otras, por abrasadores arenales ó cenagosos pantanos. Hay que madrugar mucho, que afrontar chubascos y nevadas y que resignarse muy á menudo á no te·ner qué comer ni dónde dormir; y dicho se está que un ser delicado y sensible como la mujer no puede hacer vida tan penosa y desastrada. De modo que si me llevo á mi mujer conmigo, me expongo á per·derla de una tisis ó de un tabardillo; y si la dejo en casa, arriesgo que algún zángano me la corteje y me la robe. Si la llevo en mi compañía, el cuidado de ella me quita la tranquilidad para entregarme á mis estudios; y si de ella me separo, nos ponemos ambos en el borde del precipicio, ella de la perdición, yo de la deshonra, de los celos, de la desesperación, quizás del crimen. Por otra parte, si la condeno á vida erran·te como mujer de soldado ó de titiritero, ¿cómo me la pararán á los pocos meses de semejante tráfago la fatiga y las privaciones? Estoy ya viendo á mi infeliz mujer negra y flacucha, llena de polvo y de desga·rrones, con el sombrerillo apabullado, siguiéndome como un perro por las agrias montañas de Aragón ó de Navarra, jadeante y sin aliento, para lograr el platónico placer de verme á mí feliz y alborozado pintando en lo alto de un picacho los tornasoles que produce el sol poniente en la nevada cordillera. No, no: por bueno y sensible, cuando no por otras mil razones, renuncio á casarme, y creo firmemente que la santa coyunda matrimonial no es para ningún pintor errante.

Mientras así hablaba Eduardo, escuchábale aten·tamente el pintor de historia con el codo apoyado en la mesa y la frente sobre la palma de la mano, y así que hubo terminado, se expresó á su vez de esta manera:

– En verdad, amigos míos, que este calavera, por lo que á él concierne, ha puesto el dedo en la llaga. Lo que dice del paisajista casado no tiene vuelta de hoja; pero ¿podrá afirmarse otro tanto de nosotros los que todo el año trabajamos en nuestros estudios? Entiendo que no, y de mí sé decir que si cuando hago mis bocetos y pinto mis cuadros tuviera siem·pre á mi lado una mujer querida, hermosa, inteligen·te y sensible con quien pudiera consultar la expresión que doy á mis ideas y á mis íntimos sentimientos; en suma, si me fuera dado probar el valor de mis concepciones artísticas en la piedra de toque de un alma delicada en quien reside la intuición de lo esen·cialmente bello y de lo moralmente bueno, lejos de ser para mí un estorbo esa mujer, sería el auxiliar más útil y poderoso de mis tareas. Esto sólo en la mujer propia se encuentra; que la mujer prestada ó vendida al vil interés, sólo para lisonjearnos y perjudicarnos viene distraídamente y en ocasiones intempestivas á buscar su semblanza en nuestras obras.

– Pero es perjudicial la mujer propia en otro sen·tido, interrumpió vivamente Eduardo; porque la pres·tada ó vendida de quien hablas, ni te crucifica con sus celos, como aquélla, si te entusiasmas demasiado retratando damas distinguidas y *modelos* graciosos, ni te arruina con las diarias exigencias de la familia que en ella has creado.

– Nada de eso, querido mío; la mujer propia que yo te pinto, ni es celosa ni gastadora; antes por el contrario, es prudente, económica y ordenada.

– Pues citaré ejemplos históricos de felicidad con·yugal muy á propósito para estimular á los pintores, repuso Eduardo con su genial viveza. Dejo á un lado conjeturas acerca de la cizaña que meterá en su casa y de las domésticas desazones de que no puede me·nos de ser causante el indiscreto pintor de historia que prostituye á su mujer y se sirve de ella en pelota para representar diosas ó ninfas, como hacía Rubens y como lo hizo también algún pintor moderno cuyo nombre callo, que en una Exposición pública nos puso de manifiesto casi todo lo reservado de su ama·da cónyuge transformada en Susana en el momento de salir del baño. Voy á la verdadera historia. El pintor florentino Andrés del Sarto idolatraba á su mujer Lucrecia Fede. La reputación que alcanzó con sus frescos le valió ser solicitado por el rey Fran·cisco I, augusto Mecenas de aquel tiempo, para que contribuyese con sus pinceles al ornato de sus pala·cios en París, Fontainebleau y otros puntos. Gozaba el eminente artista en la corte de Francia todos los halagos de la más lisonjera fortuna, cuando una carta de su caprichosa é imprudente mujer, á quien nada negaba él, dió al traste con sus sueños de feli·cidad, porque le exigía que regresase á Florencia re·nunciando al brillante porvenir con que le brindaba el afecto que el rey le había cobrado. Y lo más duro fué que al invadir á Florencia la famosa peste del año 1529, de la cual se contagió el pobre pintor, su mujer le abandonó cobardemente, y el grande artista murió víctima de la terrible enfermedad y de aquel amargo desengaño. Otro ejemplo: Ribera, el *Espa·ñoleto*, vivía en Nápoles casado con una mujer vani·dosa y exigente: cuando se vió rico y agasajado con distinciones, académico romano, caballero del hábito de Cristo y padre de dos hijas que eran el encanto de los que frecuentaban su trato, impulsado por ella se llenó de orgullo, alquiló una soberbia habitación con honores de palacio, decoró espléndidamente sus salones, tomó gran número de sirvientes, puso carro·za para sí y para su mujer, la cual tenía además de sus lacayos escudero de brazo para tomar el estribo ó apearse, y él por su parte pagaba crecido salario á un *alfiere* para que le diese la paleta y los pinceles y se los recogiese después de haber trabajado sola·mente tres horas por la mañana y dos por la tarde Es decir, que Ribera perdió la chabeta por causa de su orgullosa mujer; y no fué esto lo peor, sino que perdió también la honra, porque con la necesidad de celebrar grandes saraos para divertir á los demás, dió margen á que el bastardo don Juan de Austria, que gobernaba á Nápoles durante el tumulto suscitado por Massaniello, se enamorase de su hija la bella María Rosa y se la robara. No hubieran sido tan des·graciados Ribera y Andrés del Sarto permaneciendo solteros.

– ¡Muy bien!, exclamaron á un tiempo el pintor de historia y el escultor.

– Creo que ha llegado mi turno, dijo Guillermo; y como soy matemático y tengo prisa de llegar á mi casa para poner término al aburrimiento de mi mu·jercita, seré breve. Eduardo exagera las penalidades de la vida del paisajista: yo conocí hace años al cé·lebre Parcerisa, con quien una linda muchacha de Barcelona, delicada, sensible, discreta y bien educa·da, con todas las cualidades en fin que requiere Ri·cardo en la mujer propia, se casó guiada del generoso propósito de ser su fiel compañera y como si dijéra·mos su ayudante en la noble empresa de coleccionar los *Recuerdos y Bellezas* de la romántica España, y me consta que aquella santa pareja recorrió tranqui·lamente muchas provincias de la península sin las amarguras que Eduardo supone inevitables en las peregrinaciones artísticas. Pero lo más particular del caso, y lo que para mí es evidente prueba de que la Providencia protege á los artistas casados, si viven honradamente y no son tontos, está en que, al revés de lo que suele hacer el común de los hombres, los cuales sólo se casan cuando cuentan con medios para sostener las cargas del matrimonio, Parcerisa se casó siendo pobre para hacerse rico, y casi lo logró. Apar·te de esto, y viniendo al principal argumento de Eduardo sobre los inconvenientes de dejar sola á la mujer propia mientras está uno ocupado en sus tra·bajos, yo os pruebo de una manera concluyente su escasa fuerza con sólo recordaros que el peligro de la soledad y del aburrimiento y la consiguiente necesi·dad de las distracciones no existe en el santuario de la casada discreta y virtuosa, y mucho menos cuando al pie del grupo que forman unidos el hombre y la



LA VISITA DE PÉSAME, cuadro de D. Luis Alvarez

mujer crecen tiernos seres que estrechamente los enlazan, en cuya educación encuentra la buena madre su más dulce pasatiempo y sus más puros deleites, y que son como los ángeles defensores del bendecido hogar. Y ¿qué os diré de la generosa asistencia que encuentra el artista en su mujer, si en vez de ser vanidosa y liviana como las de los ejemplos históricos que acaba de presentarnos Eduardo, es celosa guardadora de su hacienda, de su honra y de su fama? En contra de esos ejemplos os citaré otro que, dada la natural exaltación del amor de la mujer, creo podría servir de regla para todos los casos análogos. En mi ciudad natal, la imperial Toledo, allá á fines del siglo XIV, el fastuoso y egregio arzobispo D. Pedro Tenorio encargó á su arquitecto, el célebre Rodrigo Alfonso, que reconstruyera el inmenso arco central del puente de San Martín que había hecho destruir el bastardo D. Enrique durante su guerra fratricida contra el rey D. Pedro de Castilla. El bue arquitecto empleó toda su ciencia y esmero en desempeño de aquel difícil encargo, porque med dicho arco, por el cual pasa todo el río Tajo, 140 pi de diámetro y 95 de altura; pero sospechó que hab cometido un yerro en la construcción, yerro que preocupó dolorosamente, temiendo ver inutilizad sus cálculos, sus afanes y los caudales empleados e ella. Con la obsesión de esta tenaz idea, soñó u

EL SEÑOR FEUDAL, cuadro de D. Luis Alvarez. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890.)

¿NOS CASAREMOS?

DISCUSIÓN TRASCENDENTAL DE SOBREMESA

Celebraban en un gabinete particular del restaurant de Fornos el triunfo de un escultor de 24 años, recién elegido para ir á completar sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Roma.

Habían comido moderadamente y bebido sin exceso, porque los cuatro comensales, aunque jóvenes y aficionados á la buena mesa, no eran elegantes disipados, ni mucho menos. Estaba uno de ellos casado con una muchacha honrada y discreta: los demás, solteros. La conversación, bien sostenida, había girado sobre cien diferentes motivos; pero siempre venía á parar al arte como estribillo, porque todos eran artistas: dos pintores, el escultor laureado y un arquitecto. Era éste el casado: sus amigos le llamaban *Vitruvio* por lo clásico de sus proyectos, en que se retrataba lo ordenado y metódico de su modo de ser.

En las tazas humeaba el café; las copas de licor, medio vacías, mezclaban sus tenues y delicados vapores con el confortante aroma del Moka; la atmósfera, cargada con el humo de los cigarros, ponía roja la llama de las bujías, ya casi consumidas en los candelabros. El reloj de pared acababa de dar las once.

—¡Qué escándalo, señores, exclamó el arquitecto, ya cerca de media noche y yo todavía fuera de mi casa!

—¡Pobre *Vitruvio*, qué solfa te va á cantar tu mujer!, observó dando un sorbo en su taza el más animado de los dos pintores.

—Mi mujer, querido Eduardo, es tolerante, y sabe además que yo no abuso; pero pienso que está solita esperándome y alimentando el fuego de la chimenea de mi estudio, porque aún tengo que trabajar un par de horas esta noche antes de acostarme, y no es justo...

—¿Quién piensa en trabajar á estas horas y después de comer?, interrumpió el otro pintor. Eres muy pacato, como buen casado.

—Seré lo que queráis, pero me va muy bien así. Desde que acepté el santo yugo, no me han dado nunca las doce fuera de mi hogar. Y ¡cómo cunde el tiempo con el buen método de vida!

—Pues yo, replicó Eduardo, amo el desorden en todo. La más bella naturaleza es caprichosa y desordenada.

—Argumento de paisajista, observó sonriendo el escultor.

—Este *Fidias*, repuso Eduardo, dirigiéndose al laureado, me parece también de los aficionados á la regla y á la simetría. Haces bien, amado anfitrión; mañana saldrás para Roma á tomar posesión de tu plaza de pensionado, ganada en buena lid, que aquí celebramos con este banquete de despedida; y dentro de pocos años volverás á Madrid casado con una romanaza frescota, dormilona, metódica y redonda como un pandero. Tú te habrás puesto también gordo y pastoso, y vendrás á unir tu voz con la de nuestro *Vitruvio* para predicarnos sobre las excelencias del matrimonio. ¿No es verdad, hermano *Apeles*?, concluyó el paisajista, interpelando al otro pintor que permanecía silencioso.

—Sin reglas y sin ordenadas proporciones, contestó pausadamente Ricardo, que era el interpelado, dejando caer con el dedo meñique la ceniza del puro en el platillo de su taza, ni se hubiera erigido el Partenón, ni hubiera podido Fidias adaptar á sus frisos sus inimitables creaciones. La silvestre y desordenada naturaleza que acabas de contemplar y de estudiar en los bosques y montañas de Cantabria, te ha impresionado con exceso. Yo, pintor de historia, idólatra de la proporcionada belleza humana en la forma y en la esencia, declaro solemnemente que considero el matrimonio como complemento de la belleza moral del hombre y de la mujer, y que no me espanta la unión conyugal. Si Anselmo se casa en Roma...

—¡Alto ahí! No me comprometo á tanto, exclamó el escultor interrumpiéndole. Tampoco á mí me asusta el santo yugo; pero aplazo la resolución para algunos años, y entonces veré si me conviene que mi mujer sea gorda ó flaca, linfática ó nerviosa, blanca ó morena.

—Iba á decir, prosiguió Ricardo, que si Anselmo se casa no hará ningún disparate.

—¡Bravo!, exclamó el arquitecto. Ya veo yo casado á mi juicioso *Apeles*.

—También yo aplazo mi resolución, como *Fidias*, dijo éste, guiñando el ojo al escultor.

Atisbó Eduardo la risita de inteligencia que se cambiaban ambos y gritó alborozado:

—¡Ah, hipócritas, os habéis vendido! No los creas, Guillermo: ¡tan incasable es el uno como el otro!

Y mudando de expresión repentinamente, como si le hubiera asaltado algún pensamiento serio, añadió con entonación grave y serena:

—Sin embargo, valdría la pena discutir formalmente si le conviene ó no al artista ser casado. Yo, el más tronera de todos, pero también el más sincero y franco, os propongo este tema para que sobre él emitáis vuestras ideas, prometiendo desde luego que si Guillermo ó alguno de vosotros me convence, doy resuelto mi blanca mano á la primera duquesa con treinta mil duros de renta que la suerte me depare.

—O á la primera cursi que te lance miradas insinuantes en la Castellana ó en la acera de Calatravas, añadió riendo el escultor.

—Lo mismo da sepultarse en marmóreo panteón ó en el hoyo de los pobres, replicó el paisajista. ¿Qué decís de mi tesis?

—Acepto la discusión, dijo resueltamente Guillermo.

—Yo también, contestó Ricardo.

—Yo me reservo el papel de juez y pronunciaré el fallo, dijo Anselmo desviando su taza vacía y preparándose á escuchar atentamente á los oradores.

—Pues pido la palabra, prorrumpió Eduardo, y que *Vitruvio* renuncie por esta noche á la dulce compañía de su mujercita junto á la chimenea de su estudio. Tengo observado (así empezó su discurso) que la mujer propia sirve generalmente de estorbo más que otra cosa al artista, sobre todo al pintor; y esto tiene una explicación muy natural. Si yo, por ejemplo, me casara, lo que Dios no permita, tendría que llevar á mi pobre mujer á todas las excursiones que me veo precisado á hacer como paisajista para estudiar la naturaleza, más intratable y zahareña á veces que las feroces palurdas con quienes tiene uno que habérselas con harta frecuencia. Hay que andar en muchas ocasiones, ya en malas cabalgaduras, ya á pie, por sierras fragosas y enmarañados bosques; en otras, por abrasadores arenales ó cenagosos pantanos. Hay que madrugar mucho, que afrontar chubascos y nevadas y que resignarse muy á menudo á no tener qué comer ni dónde dormir; y dicho se está que un ser delicado y sensible como la mujer no puede hacer vida tan penosa y desastrada. De modo que si me llevo á mi mujer conmigo, me expongo á perderla de una tisis ó de un tabardillo; y si la dejo en casa, arriesgo que algún zángano me la corteje y me la robe. Si la llevo en mi compañía, el cuidado de ella me quita la tranquilidad para entregarme á mis estudios; y si de ella me separo, nos ponemos ambos en el borde del precipicio, ella de la perdición, yo de la deshonra, de los celos, de la desesperación, quizás del crimen. Por otra parte, si la condeno á vida errante como mujer de soldado ó de titiritero, ¿cómo me la pararán á los pocos meses de semejante tráfago la fatiga y las privaciones? Estoy ya viendo á mi infeliz mujer negra y flacucha, llena de polvo y de desgarrones, con el sombrerillo apabullado, siguiéndome como un perro por las agrias montañas de Aragón ó de Navarra, jadeante y sin aliento, para lograr el platónico placer de verme á mí feliz y alborozado pintando en lo alto de un picacho los tornasoles que produce el sol poniente en la nevada cordillera. No, no: por bueno y sensible, cuando no por otras mil razones, renuncio á casarme, y creo firmemente que la santa coyunda matrimonial no es para ningún pintor errante.

Mientras así hablaba Eduardo, escuchábale atentamente el pintor de historia con el codo apoyado en la mesa y la frente sobre la palma de la mano, y así que hubo terminado, se expresó á su vez de esta manera:

—En verdad, amigos míos, que este calavera, por lo que á él concierne, ha puesto el dedo en la llaga. Lo que dice del paisajista casado no tiene vuelta de hoja; pero ¿podrá afirmarse otro tanto de nosotros los que todo el año trabajamos en nuestros estudios? Entiendo que no, y de mí sé decir que si cuando hago mis bocetos y pinto mis cuadros tuviera siempre á mi lado una mujer querida, hermosa, inteligente y sensible con quien pudiera consultar la expresión que doy á mis ideas y á mis íntimos sentimientos; en suma, si me fuera dado probar el valor de mis concepciones artísticas en la piedra de toque de un alma delicada en quien reside la intuición de lo esencialmente bello y de lo moralmente bueno, lejos de ser para mí un estorbo esa mujer, sería el auxiliar más útil y poderoso de mis tareas. Esto sólo en la mujer propia se encuentra; que la mujer prestada ó vendida al vil interés, sólo para lisonjearnos y perjudicarnos viene distraídamente y en ocasiones intempestivas á buscar su semblanza en nuestras obras.

—Pero es perjudicial la mujer propia en otro sentido, interrumpió vivamente Eduardo; porque la prestada ó vendida de quien hablas, ni te crucifica con sus celos, como aquélla, si te entusiasmas demasiado retratando damas distinguidas y *modelos* graciosos, ni te arruina con las diarias exigencias de la familia que en ella has creado.

—Nada de eso, querido mío; la mujer propia que yo te pinto, ni es celosa ni gastadora; antes por el contrario, es prudente, económica y ordenada.

—Pues citaré ejemplos históricos de felicidad conyugal muy á propósito para estimular á los pintores, repuso Eduardo con su genial viveza. Dejo á un lado conjeturas acerca de la cizaña que meterá en su casa y de las domésticas desazones de que no puede menos de ser causante el indiscreto pintor de historia que prostituye á su mujer y se sirve de ella en pelota para representar diosas ó ninfas, como hacía Rubens y como lo hizo también algún pintor moderno cuyo nombre callo, que en una Exposición pública nos puso de manifiesto casi todo lo reservado de su amada cónyuge transformada en Susana en el momento de salir del baño. Voy á la verdadera historia. El pintor florentino Andrés del Sarto idolatraba á su mujer Lucrecia Fede. La reputación que alcanzó con sus frescos le valió ser solicitado por el rey Francisco I, augusto Mecenas de aquel tiempo, para que contribuyese con sus pinceles al ornato de sus palacios en París, Fontainebleau y otros puntos. Gozaba el eminente artista en la corte de Francia todos los halagos de la más lisonjera fortuna, cuando una carta de su caprichosa é imprudente mujer, á quien nada negaba él, dió al traste con sus sueños de felicidad, porque le exigía que regresase á Florencia renunciando al brillante porvenir con que le brindaba el afecto que el rey le había cobrado. Y lo más duro fué que al invadir á Florencia la famosa peste del año 1529, de la cual se contagió el pobre pintor, su mujer le abandonó cobardemente, y el grande artista murió víctima de la terrible enfermedad y de aquel amargo desengaño. Otro ejemplo: Ribera, el *Españoleto*, vivía en Nápoles casado con una mujer vanidosa y exigente: cuando se vió rico y agasajado con distinciones, académico romano, caballero del hábito de Cristo y padre de dos hijas que eran el encanto de los que frecuentaban su trato, impulsado por ella se llenó de orgullo, alquiló una soberbia habitación con honores de palacio, decoró espléndidamente sus salones, tomó gran número de sirvientes, puso carroza para sí y para su mujer, la cual tenía además de sus lacayos escudero de brazo para tomar el estribo ó apearse, y él por su parte pagaba crecido salario á un *alfiere* para que le diese la paleta y los pinceles y se los recogiese después de haber trabajado solamente tres horas por la mañana y dos por la tarde. Es decir, que Ribera perdió la chabeta por causa de su orgullosa mujer; y no fué esto lo peor, sino que perdió también la honra, porque con la necesidad de celebrar grandes saraos para divertir á los demás, dió margen á que el bastardo don Juan de Austria, que gobernaba á Nápoles durante el tumulto suscitado por Massaniello, se enamorase de su hija la bella María Rosa y se la robara. No hubieran sido tan desgraciados Ribera y Andrés del Sarto permaneciendo solteros.

—¡Muy bien!, exclamaron á un tiempo el pintor de historia y el escultor.

—Creo que ha llegado mi turno, dijo Guillermo; y como soy matemático y tengo prisa de llegar á mi casa para poner término al aburrimiento de mi mujercita, seré breve. Eduardo exagera las penalidades de la vida del paisajista: yo conocí hace años al célebre Parcerisa, con quien una linda muchacha de Barcelona, delicada, sensible, discreta y bien educada, con todas las cualidades en fin que requiere Ricardo en la mujer propia, se casó guiada del generoso propósito de ser su fiel compañera y como si dijéramos su ayudante en la noble empresa de coleccionar los *Recuerdos y Bellezas* de la romántica España, y me consta que aquella santa pareja recorrió tranquilamente muchas provincias de la península sin las amarguras que Eduardo supone inevitables en las peregrinaciones artísticas. Pero lo más particular del caso, y lo que para mí es evidente prueba de que la Providencia protege á los artistas casados, si viven honradamente y no son tontos, está en que, al revés de lo que suele hacer el común de los hombres, los cuales sólo se casan cuando cuentan con medios para sostener las cargas del matrimonio, Parcerisa se casó siendo pobre para hacerse rico, y casi lo logró. Aparte de esto, y viniendo al principal argumento de Eduardo sobre los inconvenientes de dejar sola á la mujer propia mientras está uno ocupado en sus trabajos, yo os pruebo de una manera concluyente su escasa fuerza con sólo recordaros que el peligro de la soledad y del aburrimiento y la consiguiente necesidad de las distracciones no existe en el santuario de la casada discreta y virtuosa, y mucho menos cuando al pie del grupo que forman unidos el hombre y la



la visita de pésame, cuadro de D. Luis Alvarez

mujer crecen tiernos seres que estrechamente los enlazan, en cuya educación encuentra la buena madre su más dulce pasatiempo y sus más puros deleites, y que son como los ángeles defensores del bendecido hogar. Y ¿qué os diré de la generosa asistencia que encuentra el artista en su mujer, si en vez de ser vanidosa y liviana como las de los ejemplos históricos que acaba de presentarnos Eduardo, es celosa guardadora de su hacienda, de su honra y de su fama? En contra de esos ejemplos os citaré otro que, dada la natural exaltación del amor de la mujer, creo podría servir de regla para todos los casos análogos. En mi ciudad natal, la imperial Toledo, allá á fines del siglo xiv, el fastuoso y egregio arzobispo D. Pedro Tenorio encargó á su arquitecto, el célebre Rodrigo Alfonso, que reconstruyera el inmenso arco central del puente de San Martín que había hecho destruir el bastardo D. Enrique durante su guerra fratricida contra el rey D. Pedro de Castilla. El buen arquitecto empleó toda su ciencia y esmero en el desempeño de aquel difícil encargo, porque medía dicho arco, por el cual pasa todo el río Tajo, 140 pies de diámetro y 95 de altura; pero sospechó que había cometido un yerro en la construcción, yerro que le preocupó dolorosamente, temiendo ver inutilizados sus cálculos, sus afanes y los caudales empleados en ella. Con la obsesión de esta tenaz idea, soñó una

el señor feudal, cuadro de D. Luis Alvarez. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890.)

¡DAMELA!, cuadro de Hermán Vogler



CARRERAS DE CARROS EN ROMA, relieve de D. Mariano Benlliure

noche que al quitar las cimbras al arco se venía abajo la ingente mole con fragor espantoso: despertó sobresaltado, y confiando á su mujer su desgracia, ésta, con sagacidad admirable, acudió al remedio, no del fracaso que amenazaba á la obra, sino del descrédito y ruina á que estaba expuesto su marido: calló, como si la pesadumbre de éste la hubiera anonadado; y yéndose á la noche siguiente con una criada de toda su confianza y con todo sigilo al paraje donde estribaba la cimbra del arco recién construído, pegó fuego al maderamen para que la ruina se atribuyese á casual siniestro. El arzobispo creyó fortuito el incendio, y mandó que se volviese á hacer la obra á su costa. Terminada ésta, la mujer entró en escrúpulos y se presentó al prelado descubriéndole su fechoría; pero D. Pedro Tenorio, admirado del aliento generoso y varonil de aquella mujer, tan celosa del buen nombre de su marido, y magnánimo en todo, lejos de repetir contra el arquitecto el nuevo gasto, celebró y premió aquel ingenioso atrevimiento. ¿Os parece ahora si son estorbo para los artistas sus mujeres?

– Hay casos excepcionales, exclamó Eduardo.

– En la buena elección de la mujer está el secreto de estas excepciones, contestó Ricardo

– Yo, sin embargo de todo lo alegado, dijo el escultor, me abstengo de fallar.

– Pues quédese cada cual con su opinión; como sucede siempre que sobre algo se disputa, añadió el arquitecto. Y vámonos ya, que van á dar las doce.

– ¡Las doce! ¡Hora de los crímines!, exclamó el paisajista.

Y tomando cada uno su gabán y su sombrero, salieron los cuatro amigos alegremente á darse las buenas noches en la desierta acera de la calle de Alcalá.

PEDRO DE MADRAZO

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El Museo Británico de Londres poseerá en breve una preciosa joya que se adquirirá por suscripción particular, auxiliada con una subvención del gobierno: se trata de la magnífica copa que Jacobo I de Inglaterra regaló al condestable Velasco al terminarse las negociaciones del primer tratado de paz que se firmó con España después del desastre de la Gran Armada. Esta copa, que es de oro con bellísimos esmaltes, la vendió hace nueve años en París un español al barón Jerónimo Pichón, de quien la adquirieron por 200.000 pesetas los Sres. Wertheimer, sus actuales poseedores. Mr. Drury Fornum, que la vió en poder de éstos, concibió la idea de adquirirla para Inglaterra, abriendo al efecto una suscripción para regalarla al Museo Británico. Los Sres. Wertheimer, en vista de tan levantado propósito, han consentido en ceder aquella joya por el mismo precio que les había costado. Mr. Fornum encabezó la suscripción con 12.500 pesetas y el difunto M. Sansón Wertheimer ofreció otro tanto. Igual cantidad han donado otros cinco suscriptores, de modo que unida á estas sumas la de 50.000 pesetas ofrecida por el gobierno, faltan sólo 72.500 para completar el precio fijado, siendo muy probable que á estas horas se halle ya éste cubierto.

La copa, en verdad, vale lo que por ella ofrecen, pues además de su valor histórico es, según dicen, una verdadera maravilla de orfebrería.

– La Sociedad federal suiza de Bellas Artes prepara una exposición ambulante que se instalará sucesivamente en las principales ciudades helvéticas.

– La Exposición de las obras del paisajista Pelouse, organizada en la Escuela de Bellas Artes de París, constituye una de las novedades más interesantes que en la actualidad llaman la atención del público de artistas y aficionados de aquella gran capital. La presentación, puede decirse completa, de la obra del malogrado artista, digno continuador de la brillante escuela de los Rousseau, Daubigny, Courbet, Corot, etc., ha sido una sanción honrosa y general de la envidiable notoriedad alcanzada por Pelouse.

Además de ésta, se están celebrando actualmente en París la Exposición de las obras de Mme. Peyrol-Bonheur, hermana de Rosa Bonheur, recientemente fallecida, y la de acuarelas, dibujos, aguas fuertes y pasteles del Círculo Artístico y Literario, una y otra en extremo interesantes.

– La dirección del Real Gabinete de grabados en cobre de Stuttgart ha organizado una exposición de las obras de Alberto Durero, en donde se admiran gran número de hermosas cuanto raras obras del gran artista nurembergués.

– La Sociedad de artistas franceses (Salón de los Campos Elíseos) ha resuelto admitir en lo sucesivo en el Salón obras de industrias artísticas, conforme al deseo expresado por el ministro M. Bourgeois en la distribución de premios del año último, habiéndose ya nombrado la comisión encargada de escoger, de entre las que se envíen con ese objeto, las que considere dignas de ser expuestas.

– La *Famiglia Artistica*, de Milán, celebrará desde el 10 al 31 del próximo mayo una exposición de abanicos artísticos.

– La nueva ópera de Mascagni *Los Rantzau* se pondrá en escena en Florencia durante el mes de noviembre de este año, y será interpretada, según dicen, por la Tetrazzini, el tenor De Lucia, el barítono Battistini y el caricato Pini Corsi.

– El municipio de Hamburgo ha votado la suma de 625.000 pesetas para adornar los nichos de la casa consistorial con estatuas de bronce que representarán á algunos emperadores alemanes, príncipes y condes de Holstein y burgomaestres hamburgueses que han contribuído á la prosperidad de aquella capital.

– Los escultores parisienses Falgiere y Merie han terminado la estatua de Alfredo de Musset. El poeta está sentado y con los ojos fijos en un libro; delante de él se ve en pie una musa deshojando rosas.

– En el Acrópolis de Selinunte se han descubierto tres notables metopas con relieves en muy buen estado de conservación, una de las cuales representa el rapto de Europa y contiene algunos vestigios de pintura. A juicio del director del Museo nacional de Palermo, esas tres metopas merecen ser consideradas entre las más importantes obras arcaicas de la plástica griega, y serán por ende un complemento muy valioso de la magnífica colección de metopas que tanta fama ha dado al Museo palermitano.

Teatros. – Eleonora Duse, que procedente de Rusia se dirige á España, ha dado dos representaciones en Viena: acogida al principio con indiferencia, pronto logró, sin embargo, entusiasmar al público. La prensa vienesa la ha colmado de elogios; la *Deutsche Zeitung* dice: «Comprendemos el culto que los italianos sienten por la Duse,» y la *Wiener Tageblatt*: «La Duse es una de aquellas artistas que forman época, pues ha llegado al pináculo del arte dramático.»

A propósito de la Duse, un periódico italiano inserta la partida de bautismo de esta eminente artista, de la que resulta que nació en Vigevano el día 3 de octubre de 1858.

– En el teatro de Aplicación de París se ha estrenado con buen éxito un drama en cinco actos, titulado *Daria*, cuyo argumento está tomado de una interesante novela de M. Pont-Jest.

– En Roma ha obtenido gran éxito una ópera de Humberto Giordano, joven compositor napolitano, titulada *Mala Vita*, cuyo argumento está tomado de una comedia de igual título de Giacomo y Cognetti, escritores napolitanos también, que ha sido muy aplaudida en varios teatros de Italia.

– En Milán, la compañía de Virginia Marini ha puesto en escena el drama de Ibsen *Los aparecidos*, que el público ha recibido con aplauso y que interpretaron admirablemente la citada actriz y el primer actor Sr. Zacconi.

Madrid: El estreno de *Realidad*, primera producción dramática del insigne novelista Sr. Pérez Galdós, ha sido un verdadero acontecimiento. Sin embargo, la opinión unánime de los críticos y del público conviene en que la inmensa ovación tributada al autor de *Episodios Nacionales*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Doña Perfecta* y tantas otras joyas literarias, fué más bien una manifestación de cariño y entusiasmo hacia el novelista á quien hasta ahora no habían podido prodigarse esas muestras de admiración que se traducen por ruidosos aplausos, que un reconocimiento de la bondad del drama, el cual por la índole especial de su argumento y del desarrollo de su acción pierde en el teatro mucho de lo excepcionalmente bueno que contiene la novela de donde el asunto está tomado.

– La ópera *Edgar*, del maestro Puccini, ha obtenido en el teatro Real un éxito no más que mediano. Fueron, sin embargo, ruidosamente aplaudidos algunos números de la partitura del joven compositor italiano, especialmente la sinfonía y un dúo, que son sin duda las piezas culminantes de la obra y que hacen esperar nuevos y mejores frutos del talento indiscutible de su autor.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Carlos James Lewis, paisajista inglés cuyos cuadros eran muy celebrados todos los años en las exposiciones de la «Royal Academy» y del «Royal Institute.»

La princesa Dorinka, ex reina de Montenegro, de cuyo trono fué excluída en 1860 por haber muerto á su esposo el rey Dascilo I, sin sucesión masculina: ha fallecido en Venecia casi en la miseria.

Francisco Paolo Pérez, senador italiano, literato notable, periodista valiente, uno de los primeros que en Sicilia propagaron la idea de la unidad de Italia: fué ministro de Obras públicas con Depretis (1877) y de Instrucción pública con Cairoli (1879).

El vicealmirante francés Jurien de la Graviere, marino de brillante carrera, miembro de la Academia de Ciencias, de la que fué presidente, y de la Academia Francesa: colaboró en la *Revue des Deux Mondes* y entre otras obras notables escribió *Recuerdos de un almirante*, *La Marina de otros tiempos*, *La Marina de hoy*, *Corsarios berberiscos*, etc.

El teniente general de nuestro ejército D. Agustín Burgos, diferentes veces director de varias armas y senador desde 1881: hizo las campañas de Africa y Santo Domingo y fué ayudante del rey D. Amadeo I.

Eduardo Augusto Freeman, eminente historiador inglés entre cuyas obras figura en primer lugar su famosa *Historia de Europa ajustada á la geografía política*.

Eusebio Asquerino, periodista español de gran valía, aplaudido autor dramático y ex diputado á cortes: por sus ideas liberales fué muy perseguido por los moderados, que dos veces le condenaron á muerte por sus valientes campañas periodísticas.

Varia. – En Amberes se está tallando actualmente un diamante que será el segundo en tamaño de los que hasta ahora se conocen: en bruto pesa 474 karats, mide 7 centímetros de largo y 4'75 de ancho, y una vez tallado pesará más de 200 karats. La mayor de sus facetas tendrá 2 centímetros de longitud y 2 de anchura y el tamaño de la piedra será el de un huevo grande de paloma; de lo que costará pulimentarlo puede formarse idea sabiendo que el tallado del *Koh-i-noor*, que posee la corona de Inglaterra y que sólo pesa 102 y medio karats, costó 200.000 pesetas. Todavía no ha podido fijarse el precio que podrá tener este excepcional brillante.

– Un editor de Turín ha descubierto un manuscrito desconocido del Tasso: en él se habla de un viaje que el poeta hizo á Egipto y Palestina y del que nadie tenía hasta ahora noticia. Este manuscrito, que contiene además algunos sonetos, se publicará el día 25 de abril, aniversario de la muerte del autor de la *Jerusalén libertada*.

– Durante la reciente estancia de Rubinstein en Viena, una joven pianista suplicóle se dignase oirla en el piano: accedió á ello el maestro, que la escuchó con interés, y la concertista, halagada por la actitud benévola que había observado en él durante la audición, presentóle al final un abanico rogándole que en él escribiera algo. Rubinstein, tomando la pluma, escribió: «Tocar *con* el piano, no es lo mismo que tocar *el* piano.»

He aquí una lección que podrían aprovechar más de cuatro aficionadas y aficionados que se complacen en destrozar los oídos de los que tienen la desgracia de caer en sus garras.

NUESTROS GRABADOS

El Salvador, escultura de D. Agustín Querol. – Cultivador de distintos géneros dentro del arte escultórico, en todos ellos sobresale el justamente renombrado artista tortosino: cada una de sus obras lleva impreso el sello del genio y hace sentir de una manera intensa la impresión que por su especial índole está llamada á producir. ¿A qué recordar, entre otras, en confirmación de nuestro aserto, las muchas que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido? *El Salvador* bastaría por sí sola para probar que nuestros elogios no son exagerados: esa majestuosa figura que con los brazos en alto y los ojos fijos en el cielo parece pedir para la tierra la misericordia del Altísimo; ese rostro de serena belleza, fiel reflejo de la idea que del Divino Redentor tenemos formada los que admiramos sus sublimes doctrinas, y ese mismo sencillo ropaje, al través de cuyos pliegues adivinamos las carnes que habían de maltratar despiadados verdugos, son otras tantas bellezas que no pueden menos de excitar la admiración de cuantos sientan verdadero amor al arte.

Visita frustrada, cuadro de F. Kraus. – El asunto y la composición de este cuadro no pueden ser más sencillos, y sin embargo al contemplarlo se siente la grata impresión que producen las obras ejecutadas concienzudamente, aun cuando no sorprendan por la grandiosidad del concepto que las inspirara. Y es que el arte, cuando se ejerce con el talento que bien acreditado tiene el notable pintor alemán F. Kraus, posee recursos infinitos que permiten hacer interesantes los motivos más frívolos, ora por la espontaneidad de la idea que los genera, ora por la corrección con que aparecen ejecutados, ora por la naturalidad con que están combinados los escasos pero perfectamente entendidos elementos de que se componen, como sucede con el cuadro *Visita frustrada*, en donde la sobriedad del argumento – si así podemos llamarlo – viene sobradamente compensada por la abundancia de bellezas técnicas que en sus menores detalles se descubren.

La visita de pésame. – El señor feudal, cuadros de D. Luis Alvarez. – Muy joven, casi un niño, comenzó D. Luis Alvarez sus estudios en la escuela especial de pintura de Madrid, trasladándose á Roma al cabo de algunos años en compañía de Palmaroli y del malogrado Rosales. En la Ciudad Eterna ha sido uno de los pintores españoles que más han contribuído por su laboriosidad é inteligencia á sostener el buen nombre artístico de España. Allí es donde ha producido obras tan notables como *El sueño de Calpurnia*, premiado en la Exposición nacional de 1862, y *El señor feudal* y *La silla de Felipe II*, que obtuvo también una primera medalla en el Concurso de 1890.

El señor feudal es un bonito cuadro que evoca el recuerdo de las costumbres del siglo XVI. Un poderoso magnate, conducido en silla de manos por dos robustos lacayos y seguido de igual número de amigos, detiene la marcha en medio de un bosque para requerir á una pobre muchacha, que entre temerosa é inquieta, puesto que presiente un peligro para su honra, déjase coger la mano por aquel caballero que, olvidando los timbres de su honra y sus deberes, dedícase á seducir villanas en vez de empuñar la lanza. El vistoso paisaje, la respectiva actitud y expresión de los personajes y la brillante y agradable interpretación de los tonos y matices de los trajes constituyen un conjunto verdaderamente armónico, que revela desde luego las cualidades que posee Alvarez como artista y buen colorista.

¡Dámela!, cuadro de H. Vogler. – La carta con tanta impaciencia esperada ha llegado por fin; pero aquella á cuyas manos ha ido á parar complácese en prolongar el martirio de la amiga á quien va dirigida. Compréndese, empero, que la lucha entablada no será de larga duración y que la detentadora de la epístola acabará por rendirse á las súplicas de la encantadora joven que, juntando las manos y dirigiendo á su compañera una de esas miradas que nadie resiste, exclama con acento cariñoso: «¡Dámela!»

El autor del cuadro que tan sentida escena reproduce, ha acumulado en él todas las bellezas que pueden hacer simpático un lienzo: delicadeza del asunto, disposición sencilla y artística del mismo y ejecución acabada en sus menores detalles. El elegante grupo formado por esas dos jóvenes, de dos tipos bien distintos, pero igualmente hermosas, y la bien entendida decoración de flores y hojas, á la vez marco y fondo bellísimos donde aquellas figuras destacan, constituyen una página poética llena de atractivos y hábilmente interpretada por el célebre pintor alemán H. Vogler.

Carreras de carros, relieve de D. Mariano Benlliure. – Es el relieve indudablemente uno de los géneros más difíciles en la escultura, pues disponiendo de poco más espacio que la pintura y el dibujo para la diferenciación de términos, carece de los recursos que para conseguirla ofrecen á aquéllos el color y la sombra. Además por su cualidad de decorativo exige ciertas condiciones técnicas en cuya realización es fácil que fracasen los que no posean verdadero talento artístico. Benlliure es más que artista de talento, es escultor de genio, y con ello dicho se está que las dificultades apuntadas dejan de serlo para él: bien lo demuestran *La familia real de España*, que hemos publicado hace poco, y *Carreras de carros*, hermoso relieve que hoy reproducimos y en el cual campean una valentía, una soltura y una corrección que difícilmente pueden ser superadas y que hacen de esta obra un nuevo triunfo para el autor de *Don Diego López de Haro*, *Don Alvaro de Bazán* y tantas otras joyas de nuestra estatuaria contemporánea.

Cansada del baile, cuadro de D. Maximino Peña (Exposición de Bellas Artes de Berlín). – Maximino Peña es otro de los artistas españoles á quienes el Jurado calificador de la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Berlín últimamente ha distinguido con una recompensa. Y preciso es confesar que, aparte del mérito de la obra expuesta, que fué adquirida, por cierto, por uno de los acaudalados *amateurs* de la capital de Alemania, las cualidades que posee este distinguido pintor, uno de los más aventajados discípulos del malogrado Plasencia, justifican su triunfo. No es Maximino un artista novel; aunque joven, ha logrado darse á conocer por su laboriosidad y por sus recomendables condiciones. Cultiva la pintura con sincero entusiasmo, y en todas sus producciones, además de su genialidad, distínguese desde luego el resultado de la enseñanza que recibiera de su insigne maestro.

Reciba el Sr. Peña nuestra afectuosa felicitación y nuestros votos por que se vean siempre recompensados sus loables esfuerzos.



HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

Parecíale al coronel que no se decían precisamente lo que hubieran debido decirse; pero la expresión de su hermano era para él como una garantía de sincero afecto.

– Aún no he visto á mis sobrinas, dijo con dulzura.

– ¡Ya las verás, ya las verás!, contestó Marcos, tarareando una canción y moviéndose con cierta agitación ligeramente nerviosa como si hubiera bebido champaña.

– ¡Estoy contento!, dijo, castañeteando los dedos. Y como para evitar un equívoco, añadió:

– Contento de verte, mi querido Roberto.

– ¿De veras, amigo mío?

Los dos se miraron cara á cara, sonriendo, á la escasa luz de la estancia. El primogénito tenía esos labios expresivos de los que reprimen su efusión; pero de repente exclamó:

– ¡Cuánto me alegro de verte feliz!

En su voz varonil y profunda había cierta cosa, cierta entonación que parecía revelar que á él, célibe y solo, le faltaba aquella dicha. ¿Pensaría Marcos en esto ó en otra cosa? Una sombra melancólica se extendió por el taller durante aquel silencio, y los dos hermanos experimentaron el triste encanto de todo lo que el corazón adivina y calla.

– ¡Vamos á comer!, dijo por fin Marcos, dejando escapar un suspiro.

IV

El ordenanza había arreglado ya la ropa blanca y los trajes de su amo, poniendo sobre la cama la camisa de pechera bordada, la levita, el pantalón, las medias de seda y en el suelo los escarpines charolados. En el gabinete tocador, que era muy claro, la luz iluminaba los anchos cubos y los jarros de porcelana.

– ¿Está todo corriente? ¿No te falta nada?, dijo Marcos, paseando la mirada á su alrededor. ¡Pues hasta luego!

Las habitaciones de los dos hermanos se comunicaban, y estaban separadas solamente por otras dos, una de las cuales servía de despacho y la otra de pequeño salón, ambas con salida al corredor.

El coronel dió á Juan sus instrucciones respecto á Tigiale; varios detalles domésticos le hicieron pensar en Verdun, donde había dejado á su ayuda de cámara Francisco, con orden de cerrar la casa y reunirse con él, llevándole dos de sus mejores caballos: *Poitou*, el de guerra, y *Coralia*, yegua de lujo.

El Sr. de Francœur despidió al ordenanza para vestirse solo, como así lo hizo con el orden y la prontitud de costumbre. Después paseó un poco por la estancia, leyó los títulos de dos ó tres novelas colocadas allí para él, aunque no leía nunca, y al fin abrió la ventana para respirar el aire fresco de la tarde.

Una luz pálida, crepuscular, permitía distinguir los objetos, las grandes masas de follaje, la arena de los senderos del jardín, los reflejos vidriosos de los invernaderos, y más allá el terrado con balaustres, que parecía sumergirse en el espacio, y el horizonte que iba á perderse en fugaz perspectiva; campos y bosques que ostentaban á lo lejos un tinte azulado y la vaga línea de árboles que se alzaban á orillas del río, que brilló de pronto como una serpiente de acero, al reflejarse en sus aguas los rayos de la luna. El astro de la noche mostraba su blanco disco y poco á poco las sombras se destacaron en el suelo, los rincones obscuros tomaron un aspecto misterioso, las avenidas aparecieron como enarenadas de plata y el paisaje, bañado por una suave claridad, revistió singular esplendor; todo quedó inmóvil, silencioso, encantado.

Para el Sr. de Francœur fué éste un instante de olvido sin pensamiento, uno de esos estados fluidos en que se pierde la conciencia de sí mismo para confundirse con los objetos. ¿Dónde estaba? ¿Allí ó en otra parte? ¿Perdido en el rayo de luna que se reflejaba en las aguas, ó extraviado en los lóbregos tallares que tanto miedo infunden á los niños? ¿Se hallaría acaso en otro lugar, más lejos, en alguna noche análoga de otro tiempo en que la misma luz azulada y clara despertaba en él sensaciones igualmente vagas y perturbadoras? Lo ignoraba y sentía el vacío en la cabeza y en el corazón; pero ante aquel espectáculo encantador infiltrábase en todo su ser un sentimiento de dulzura. Contemplaba con cariño aquella decoración fantástica por el placer de vivir allí algunas semanas junto á seres amados, y hasta parecíale que le era ya conocido, que lo había visto en otra parte, soñado tal vez, y que hallaba en aquel momento la impresión perdida, por una de esas reminiscencias vagas y singulares que nadie puede explicar.

Un ligero golpe en la puerta del saloncito interrumpió, aunque no instantáneamente, su meditación, y cogiendo una lámpara, alrededor de la cual revoloteaban varias mariposas nocturnas, abrió la puerta y dejó escapar una exclamación.

– ¡Cómo, sois vosotras, hijas mías! ¡Qué buenas sois!

En el umbral de la puerta estaban sus sobrinas, dos niñas adorables, una de seis años y otra de cuatro; habían ido solas y permanecían cogidas de la mano. Para ver mejor á su tío, que era de elevada estatura, echaban la cabeza hacia atrás, levantando sus grandes ojos de mirada tímida, con una sonrisa placentera.

– ¡Entrad, moninas!, dijo el coronel.

Y dejando presuroso la lámpara, levantólas en sus brazos á gran altura del suelo, besando al paso sus mejillas, suaves como la piel del albérchigo.

– ¡Qué lindas sois y cómo habéis crecido desde hace seis meses!, exclamó el coronel. ¿Me reconoces, querida Juanita?

Rubia como el oro, de cutis blanco y sonrosado y ojos azules de tonos cambiantes, la niña movió afirmativamente y con ademán grave la cabeza.

– ¿Y tú, Pepita?, preguntó el Sr. de Francœur á la hermana.

Por toda contestación, la más pequeña rodeó con los brazos el cuello de su tío: era una niña delicada y frágil, de piel mate y cabello castaño, con la languidez criolla de su madre.

– ¡Hijas mías!, murmuraba el coronel muy conmovido.

Aquellas criaturas frescas y lozanas, con los suaves contornos de sus graciosos cuerpos, comunicábanle una sensación de inefable dulzura.

– ¿Es mamá quien os envía?

– No, contestó la mayor, nadie nos envía; venimos por nuestra voluntad.

– Por nuestra voluntad, repitió Pepita.

Juana queriendo dar una explicación, añadió:

– Griffith había ido á buscar agua caliente, la puerta estaba entornada y nos escapamos.

– ¡Nos escapamos!, repitió el eco infantil.

– ¡Pues yo tengo algo que enseñaros!, repuso el coronel, poniendo á las niñas en el suelo y dirigiéndose á su cuarto, de donde sacó las cajas adornadas con lazos de color de rosa.

– Esto es para las niñas juiciosas, añadió.

La graciosa y picaresca sonrisa de Juana le sedujo. ¡Qué sonrisa tan femenil ya!

– ¡Yo soy muy juiciosa!, dijo Pepita.

– ¡Y yo sé leer!, añadió Juana con dignidad.

Las niñas tenían una expresión tan cómica, que el coronel no pudo menos de sonreir, murmurando:

– ¡Es encantador!

Pero una vez abiertas las cajas, ya fué otra cosa. ¡Qué sorpresa! El coronel sonreía al ver aquel éxtasis, aquellos ojos brillantes, aquella confusión de naturalezas vírgenes que se abrían á la felicidad. ¡Ah, qué muñecas! ¡Reinas, hadas, hermosas niñas vestidas de seda, con cabello de oro y preciosos pendientes; muñecas que llevaban, como las señoras, enaguas con encajes, medias de seda y zapatitos; caritas preciosas que sonreían, y ojos que se cerraban como para dormirse cuando se colocaba el cuerpo en posición horizontal! ¡Eran demasiado hermosas; las niñas no osaban tocarlas!

– ¡Soy un egoísta, pensó el coronel, en querer disfrutar yo solo de su regocijo!

Pero el Sr. de Francœur no había podido reprimirse, y al ver á sus sobrinas no le fué posible retardar la entrega de sus regalos y aun hubo de hacer un esfuerzo para no darlo todo aquella misma noche.

– ¡Mañana tendréis más sorpresas!

Ni una ni otra dieron las gracias, porque es palabra que las niñas repiten cuando se les apunta, pero acercáronse espontáneamente para abrazar á su tío y prodigarle los más sonoros besos.

Un leve rumor les hizo levantar la cabeza: desde la puerta entornada, Marcos contemplaba la escena sonriendo; su ayuda de cámara, que derramaba á su alrededor el irisado chorro de un vaporizador, eclipsóse discretamente.

– ¡Ah!, exclamó Marcos, haciendo con la mano un ademán cómico de amenaza. ¡Tío Roberto, te van á reñir!

Al decir esto se adelantó, luciendo su elegante traje y exhalando grato perfume, con ese lustre que el tocador comunica á las personas de refinado gusto.

—¡No lo dudes!, añadió pasando su mano por los cabellos de Juana, que mecía cariñosamente á su muñeca.

Y levantando después la cara de la más pequeña, que era su preferida, añadió:

—¿Sabes, Roberto, que se te parece?

—¡Oh!, exclamó el tío en son de protesta.

—¡En todo, continuó Marcos! No veo en ella nada de su madre ni mío; y en cambio tiene tu frente, tu cabeza grande y tu mirada.

—¿No se parece á nuestro padre?, preguntó el coronel, que era el vivo retrato del difunto; mientras que Marcos, delgado y enjuto, recordaba á su madre.

Sin contestar á esto, y reflexionando en todo cuanto la herencia tiene de misterioso, Marcos contemplaba á su hermano, examinándole de pies á cabeza.

—¡Eres verdaderamente admirable!, dijo. ¡Yo tengo diez años menos que tú y parezco más viejo!

Y era verdad, una ligera y precoz arruga á los treinta y seis años, le estriaba el ángulo de los ojos y el de la boca, y además la barba, que entonces se dejaba crecer, le comunicaba un aspecto de falsa gravedad.

—¡Mira, dijo, señalando sus sienes cubiertas de cabellos algo grises; mientras que tú!...

Y admiraba la espaciosa y tersa frente de su hermano, algo desnuda en la parte superior por el uso del casco y en la que terminaban sus cabellos rubios y rígidos cortados al rape.

—¡Tú eres siempre joven!, dijo Marcos, suspirando con cierta expresión de cómico pesar.

El Sr. de Francœur le dió un golpecito en el hombro, acompañado de una de esas sonrisas que, prestándose á la broma, conviértense muy pronto en una expresión digna y risueña.

—¡Mira, papá, mira!, exclamó la pequeña tirando del faldón de la levita á su padre al ver que éste no le hacía caso.

—Sí, hija mía, dijo al fin, es demasiado hermosa, y cogiendo la muñeca revolvióla en todos sentidos, inclinando la cabeza y levantando los brazos, y alzando el vestido examinó los encajes de la ropa interior.

—¡Qué cosas tan bonitas hacen ahora! ¿Te acuerdas, Roberto, de las muñecas de antes, con su cuerpo rojo de color de cangrejo? Hoy las adornan con todo el lujo moderno; son de piel fina, están perfumadas; diríase que salen de casa de Worth, y más bien son muñecas para personas mayores, verdaderas mujeres en pequeño.

—Yo creo, repuso el coronel con buen sentido, que los niños se muestran indiferentes á eso. Acuérdate de aquel horrible soldado de madera que tenías á los siete años, al que pusiste por nombre «Carabucinel» y de quien hiciste tu confidente y amigo. Jamás pudieron sustituirlo con ventaja tus más hermosos polichinelas.

—¿Aún te acuerdas de eso?, repuso Marcos con sorpresa. Pues yo no. ¿Y dices que yo llamaba al soldado Ca-ra-bu-ci-nel?, preguntó recalcando ligeramente las sílabas para hacer reir á Juana, que le miraba con asombro.

—¡Ya lo has olvidado, ingrato!, repuso el Sr. de Francœur, que conservaba con cariño todos los recuerdos de su propia infancia.

En aquel momento se oyó el primer toque de la campana anunciando la hora de comer.

—Señoritas, dijo Marcos á las niñas haciendo un saludo, tengo el honor... Alguien rasca la puerta... Sin duda es Griffith que os reclama.

En efecto, se presentó el aya, mujer de rostro pálido con el tipo propio de la inglesa.

—¡Un beso, papá!, dijo Juana.

Marcos la besó ligeramente, más bien como hermano que como padre formal.

—¿Y yo?, exclamó Pepita.

Marcos no hizo más que rozar su cabello, pero el coronel besó á las dos niñas muchas veces con tierno cariño, y después salió con su hermano. Al atravesar un saloncito, Marcos se arregló la corbata al pasar por delante de un espejo, tomando su habitual aspecto de amabilidad mundana, un aspecto que no era el suyo propio, y que el Sr. de Francœur no le conocía en otro tiempo. Marcos desapareció detrás de un cortinaje, diciendo:

—¡Pasa, mi coronel!

V

Los Fabvier, dos ancianos de buen porte y cabello blanco, se pusieron en pie al entrar el coronel. Al cabo de su larga vida habían acabado por amoldarse perfectamente el uno al otro, y se asemejaban en todo lo indefinible de la actitud y de la voz. El mismo aire de dignidad serena reflejábase de la mujer al marido, y ambos tenían ese aspecto respetable que comunica la vejez aceptada con resignación. Sin embargo, aficionados á la sociedad, sacrificábanse algo por ésta; los dos vestían austera, pero irreprochablemente, y por temor de que se les tuviera en menos disimulaban cuanto era posible, ella su pronunciada miopia, y él su semisordera, disimulo que habían convenido en aceptar todas las personas que les rodeaban y que les prestaba encantador atractivo cuando en los momentos críticos acudía el uno en auxilio del otro.

El Sr. de Francœur besó la mano de la anciana y dió un vigoroso apretón de manos al marido.

—¡Bien venido sea usted!, díjole éste; largo tiempo hace que deseábamos verle.

El Sr. de Fabvier estimaba en mucho los títulos y la fortuna, pequeña flaqueza que le había inducido á consentir inmediatamente en el casamiento de su hija y que le hacía guardar á su yerno las mayores consideraciones.

—Acabo de abrazar á Juana y á Pepita, dijo el coronel á la señora de Fabvier. ¡Qué niñas tan adorables!

La abuela sonrió sin contestar. En este punto afectaba una anulación completa de su personalidad, absteniéndose de intervenir en la vida íntima de su hija y en la educación de las niñas, primeramente por experiencia, y después por ese legítimo egoísmo que inspira á los ancianos el deseo de la tranquilidad ante todo.

En aquel momento levantóse el portier y apareció Lilia.

Era notablemente hermosa; llevaba un vestido muy vistoso de crespón de la China y en sus brazos y cuello desnudos brillaban algunas alhajas. El señor de Francœur se adelantó afectuosamente, pero la sedosa falda al parecer le intimidó.

—¡Vamos!, exclamó Lilia, presentando sus mejillas frescas y perfumadas, te lo permito, mi buen Roberto.

Después miró á su esposo, cuyo silencio y equívoca sonrisa parecían desaprobar burlonamente su traje, tal vez demasiado elegante. ¿Era esta manifestación reflejo de lo que realmente sentía? El coronel apenas acertaba á reconocer á su cuñada; notaba en ella algo que la cambiaba; tal vez su peinado, quizás el escote. También parecía más pálida vista á plena luz. Sin duda Lilia sospechó vagamente lo que el coronel sentía, al notar su cortedad y el tímido enternecimiento con que la contemplaba, pues añadió á manera de excusa:

—Qué lástima que no podamos estar completamente á tu disposición el día de tu llegada. Espero que nos dispensarás: si hubiéramos podido prever que vendrías, no habríamos invitado á nadie.

Lilia dijo esto como si aquella comida la hubiese contrariado personalmente.

El coronel hizo uno de esos ademanes que desvanecen todo temor, y hasta excusóse de haber llegado sin dar aviso; pero después guardó silencio, como si no supiera qué decir. Por la incierta sonrisa de Lilia y por la mirada de sus grandes ojos negros adivinaba en ella una preocupación. Parecíale observar una contradicción entre su traje demasiado provocativo y la inquietud nerviosa que su rostro revelaba. ¿Experimentaría quizás uno de esos pesares interiores que se disimulan por pudor ó por convenio mundano?

Lilia acababa de dirigir á su esposo otra mirada particular; pero él apartó la vista, acentuando más su sonrisa impertinente.

—¿A quién quieres conquistar con ese vestido, Lilia?, preguntó.

—A ti solamente, amigo mío, contestó la joven en el mismo tono de broma, en que se revelaba el amor propio ofendido.

Los Fabvier, que, cuando convenía, sabían utilizar sus ligeros achaques, aparentaron no haber visto ni oído nada.

Lo que parecía sobrentenderse y no se explicaba en aquella breve escena extrañó al Sr. de Francœur, quien creyó que se trataba de uno de esos piques tan frecuentes en los matrimonios enamorados; parecíale, sin embargo, que no era el vestido de Lilia la causa de aquel vago malestar, y algo que notaba en su cuñada y que no podía explicarse le desconcertaba y sorprendía, y eso que siempre se mostró muy indulgente con la coquetería criolla de Lilia, en gracia á lo bondadosa que era y al profundo cariño que sentía por su esposo.

En aquel momento entró la baronesa de Brettes: ésta y Lilia cambiaron una sonrisa y al propio tiempo una de esas miradas felinas con que dos mujeres hermosas se examinan en un segundo de pies á cabeza y, por decirlo así, se desnudan mutuamente con el pensamiento.

—¡Está usted encantadora!, dijo la baronesa.

Su vestido alto, intencionadamente sencillo, favorecíala más que á Lilia el suyo, y también tenía sobre ésta la baronesa la superioridad de su aire desenvuelto, animado y burlón. Marcos la felicitó á media voz, discretamente; y su actitud de sumisión lisonjera admiró al Sr. de Francœur. Al mirar de nuevo á Lilia, notó en ella una expresión de despecho que le conmovió, y entonces asaltáronle dudas y sospechas, recordando ligeros incidentes, como las palabras de Marcos sobre aquel bosquejo del retrato de la baronesa... ¿Sería posible que su hermano estuviese enamorado de otra mujer y Lilia celosa? Esta idea le turbó en extremo. Nada entendía de las extravagancias del corazón, y habíase representado siempre el matrimonio como una dicha completa por la mutua y fácil fidelidad.

Pero de pronto entraron otras personas que distrajeron su atención. Entre ellas iba la señora de Jumiege, ostentando un seno perfectamente modelado, un seno que la prestaba mucha seducción á pesar de su rostro y del ligero descrédito que parecía arrojar sobre ella la vulgaridad de su esposo. Era éste, en efecto, un hombrón de ademanes torpes, un antiguo teniente de gendarmería transformado, merced á una herencia, en rico propietario. Detrás de él iba el señor Semone, juez de paz y arqueólogo distinguido: estos dos caballeros vestían levita. Un momento después presentóse el Sr. Jugaud, con traje de etiqueta y exhalando un perfume penetrante, demasiado fuerte, de clavel blanco, cosa siempre chocante en un hombre y que despierta la idea de que éste procura disimular alguna falta.

Bien porque aquella figura le fuese conocida ya, ó porque le atrajera con una especie de curiosidad antipática, el Sr. de Francœur, después de aceptar del joven uno de esos apretones de mano en que las dos epidermis se tocan sin placer alguno, siguió con la vista al primo de la baronesa de Brettes, y vióle acercarse á ésta con una sonrisa forzada, casi de desconfianza, que elevaba el ángulo de su boca de la manera que observamos en los individuos de la raza canina. La baronesa le acogió con su gracia irónica. Un no sé qué de intraducible, que se notaba en ambos en aquel instante y parecía establecer entre ellos cierta afinidad, á pesar de su desemejanza, produjo en el Sr. de Francœur una marcada impresión de disgusto, tanto que sin saber por qué les tomó ojeriza. El coronel se volvió al oir el roce del vestido de otra mujer que entraba. Era la señorita de Kerjuzan, cuya lozana juventud se realzaba más junto á la decadencia de su acompañante, su tía, mujer de elevada estatura y de cabello gris, en cuya figura se notaban desgraciados contrastes: buenos ojos, pero sin brillo ya; nariz demasiado grande, y ninguna barba. Aquel rostro revelaba entusiasmo y nobleza; pero tenía algo de ridículo. Al ver á la señora Aurora de Kerjuzan asaltaba involuntariamente el recuerdo de D. Quijote.

Sin embargo, por la misteriosa ley de simpatías, al coronel le produjo al punto una impresión favorable. Cierto que el nombre de Kerjuzan era célebre en la marina, y por esto le interesaba; pero la secreta satisfacción de ver otra vez á la joven contribuía por mucho, sin que él lo echase de ver, á que se mostrara tan amable y respetuoso con la solterona.

La señorita Ivelina había contestado al saludo del coronel como si no le conociese; notábase en toda su persona una gracia llena de reserva y sencillez; mas no por eso era menos hermosa, y el brillo de su juventud parecía comunicar más luz al salón. Había dirigido á Lilia, su madrina, una mirada afectuosa, de discreta interrogación, y las dos se sonrieron.

A poco cesó el ligero rumor de la conversación, abriéronse las dos hojas de la puerta y una voz anunció que la mesa estaba servida.

VI

El Sr. de Francœur sentía gran apetito, y comió como hombre que tiene buen estómago. Los platos suculentos y los vinos de buena marca le predispusieron á la indulgencia, y á mitad de la comida hubo de reconocer que la baronesa, sentada frente á él, no carecía de gracia. Veía que Marcos, colocado junto á esta dama, la colmaba de obsequios, mas pensó que no lo haría con segunda intención; y de tal modo basta un poco de bienestar físico para cambiar el curso de las ideas, que sus sospechas de antes se debilitaron. La señora de Fabvier, á quien tenía á su derecha, cuidaba de que nada le faltase, y la de Jumiege, su vecina, se mostraba sumamente amable. Es cuestión de no escasa importancia la de los vecinos de mesa, de suerte que el coronel encontrándola resuelta muy á su gusto pudo dar libre curso á su bondad natural. El Sr. de Jugaud le desagradó menos al lado de Lilia, cuya voz y forzada hilaridad

se hacían oir tal vez demasiado; así le parecía á él, pero de cuando en cuando la benévola sonrisa que Marcos le dirigía tranquilizábale del todo. El señor de Francœur se dejó seducir cándidamente por el dulce y engañoso prestigio de una comida, por esa ilusión de las bocas que sonríen, por el cambio convenido de palabras corteses, por el aspecto alegre del mantel adamascado, por los cristales de relucientes facetas y por la vajilla de plata en que se reflejaba el oro fluido de las lámparas. El coronel se sentía á gusto: una de estas sensaciones, de sencilla materialidad, dominando á todas las demás y más dulce que ellas, le arrobaba con un perfume y un brillo supremos; producíala la embriagadora belleza de un canastillo de rosas colocado delante de él, en cuyas flores reconocía las que cortara la señorita de Kerjuzan y que él le ayudó á recoger del suelo cuando Tigiale...

Su mirada se dirigió á la joven, y encontróse con la de ésta, que no reflejó la simpatía que expresaban los ojos del coronel; más bien parecía extraviaba ó distraída. Esta ligera decepción le produjo el efecto de un pinchazo de aguja; pero ¿por qué? El canastillo de rosas le consoló; exhalaba un delicioso perfume, y evocó al punto en su mente la escena del jardín, así como el recuerdo de otra Ivelina, más libre y más natural, vestida sencillamente y en la cual pensaba con un sentimiento de tierna paternidad.



Los esposos Fabvier

Después, por uno de esos contrastes que surgen como por encanto, vióse transportado á Verdun, á su gran casa, cuya atmósfera fría respiró, y cierto malestar despertó en él presentimientos de aburrimiento y soledad. Apenas llegado, figurábase haber regresado ya por haber terminado su licencia, y toda su vida militar le produjo una viva alucinación, en la que el recuerdo de sus relaciones cotidianas mezclábase con la sensación del trote de *Coralia*, que había montado la víspera, pareciéndole reconocer aún por la mano la boca demasiado fina del cuadrúpedo, que tiraba del bocado.

Advirtió que le hablaban, y contestó maquinalmente; pero vuelto á la realidad de una manera demasiado brusca, no recobró al punto su aplomo. Durante algunos segundos mostróse extraño á todos aquellos seres vivientes que le rodeaban, extraño al conjunto luminoso que tenía ante sus ojos, extraño hasta á los suyos y á aquella Ivelina que sus ojos buscaban naturalmente y cuya juventud le inspiró esta vez, por comparación, una ligera melancolía. Muy pronto las conversaciones, el perfume demasiado penetrante de las rosas, que le mareaba, el brillo de las luces, tal vez un poco de fiebre del viaje y la fatiga ocasionada por nuevas impresiones produjéronle una especie de embriaguez lánguida que le enervaba, comunicándole la sensación de algo muy suave, como de un bálsamo que le aliviase algún dolor; pero todo esto era vago y no se lo acababa de explicar.

VII

El Sr. de Francœur había seguido maquinalmente á los convidados al salón de fumar, aunque á él no le agradaba el tabaco; antes al contrario, el humo azulado de los cigarros le molestaba aumentando su jaqueca. Parecíale que iban á chocar contra su cabeza las bolas de marfil que oía rodar sobre el tapete verde en la sala contigua. A través de la puerta entornada veía al Sr. Fabvier inclinándose sobre la mesa de billar para tirar una carambola y también divisaba el perfil rígido del Sr. de Jumiege y el cráneo calvo del juez de paz.

Con evidente intención de hacérsele agradable, el Sr. Jugaud acababa de ofrecerle cigarrillos rusos y *kumel;* pero el coronel no los aceptó.

– ¡Vaya una cabeza!, dijo Jugaud en voz baja, guiñando un ojo para señalar al antiguo teniente de gendarmería y aplicándole un epíteto significativo.

El Sr. de Francœur le miró de pies á cabeza con asombro.

– ¡Sí!, añadió Jugaud; su mujer...

Y comenzó á referir una historia. La señora de Jumiege, dijo, no era hermosa ni joven; mas su físico no era despreciable, y á los ojos de ciertos inteligentes que se atienen al traje, había que convenir en que vestía muy bien. Jugaud dió detalles sobre su ropa blanca y habló de los refinamientos del lujo íntimo. Su rostro se había animado y su sonrisa tenía algo de insultante.

No ignoraba el coronel hasta qué punto son groseras las ocurrencias de hombres que acaban de levantarse de la mesa, pero le extrañó lo que oía; y como el Sr. Jugaud insistiese, citando nombres, le cortó la palabra.

– Dispense usted que le diga, caballero, interrumpió, que en nada me conciernen esos detalles.

Y le volvió la espalda poco después. Para disimular, el Sr. Jugaud miró al trasluz su copa de licor y apuróla de un trago.

Marcos había desaparecido, y el coronel, creyendo entrar de nuevo en el salón, empujó una puerta; pero encontróse en una habitación obscura que daba á una galería con cristales: á través del mirador abierto penetraban frescas ráfagas de aire y el perfume del jardín. ¡Siempre el de aquellas rosas!

A pesar suyo, el coronel recordaba algo de las palabras del Sr. Jugaud, porque daban cuerpo á esa vaga sensualidad que flota alrededor de los seres, hasta de los menos brutales, bajo la desenvoltura de las buenas maneras y la hipocresía de las frases mundanas. Quieras que no, sentía despertar el instinto sensual que le representaba, por indiferente que le fuese la dama, á la de Jumiege desnudándose para entregarse al sueño ó al amor. Al mismo tiempo se explicó por qué la baronesa de Brettes le había desagradado tanto al principio y un poco menos después: era que su desenvoltura chocó primero con el hombre casto, y desarmó luego al hombre simplemente hombre. También comprendió lo que le había desconcertado al ver entrar á Lilia: fué su vestido demasiado elegante, su cuello desnudo, aquel aspecto de belleza demasiado libre, todo cuanto recordaba en ella á la mujer y no á la madre de familia.

Entonces, por contraste tal vez, la suave é indefinible voluptuosidad que el aire de la noche y el grato perfume de las rosas llevaron hasta él como una caricia, hizo surgir en una visión pura de flor virgen los ojos, la sonrisa y el vestido flotante de Ivelina de Kerjuzan. Aunque tanta lozanía y hermosura le turbó, la joven se conservó casta en su pensamiento; mas el coronel experimentó una emoción dulce y sintióse conmovido por un tierno desfallecimiento. Fué una sensación repentina, como si un viento de embriaguez hubiera soplado sobre su corazón. Tan extraña impresión le infundió miedo, y se dijo:

– Pero ¿qué es lo que pasa por mí?

Y sintió latir su corazón apresuradamente, con la fuerza del redoble de un tambor en son de ataque al comenzar la batalla. El Sr. de Francœur cerró los ojos ante el rayo de luz que le deslumbraba; pero rehusando creer, esperar ni aun comprender, prefirió atribuir la emoción de aquel segundo á la dicha de hallarse allí, á la frescura del obscuro jardín embalsamado; y solamente repitió, demasiado feliz para no seguir siendo en lo futuro soñador:

– ¡Qué hermoso tiempo, qué hermoso tiempo!...

El Sr. de Francœur era un hombre casto y entendía poco de cuestiones de amor, cuyas dulces emociones no había conocido en su vida, casi por entero consagrada á la carrera con tanto entusiasmo abrazada.

VIII

Casi en el mismo instante oyó ligeros pasos en el saloncito, y vió surgir dos sombras, que se proyectaban en los cristales del mirador, semejantes á figuras fantasmagóricas, pero con bastante precisión, y en ellas reconoció, ó más bien adivinó, á su hermano y á la baronesa de Brettes.

Iba á toser para advertirles su presencia; pero sus sospechas renacían, y paralizaron su probidad; ahora temía solamente que le vieran, y esperaba con inquietud un acto misterioso é irreparable.

– Clara, dijo Marcos en voz baja.

Y enlazó con su brazo la cintura de la joven, que echándose hacia atrás, apoyó las manos en sus hombros como para separarle ó tratar de distinguir sus ojos en la sombra. Marcos la estrechó más aún, atrájola del todo hacia sí, y confundiéronse ambos en un solo ser; inclinado sobre la cabeza que se echaba hacia atrás, Marcos aplicó su boca sobre la de la baronesa y estampó en ella un ávido y ardiente beso.

Un brusco movimiento los apartó uno de otro como se apartan los criminales al oir el más leve rumor; y mientras la joven se alejaba presurosa, Marcos tosió ligeramente. El Sr. de Francœur había permanecido inmóvil, confundido; aquella visión de la falta proyectada ó consumada le infundía una compasión sin cólera, produciéndole un dolor sin queja que le trastornaba. Su hermano iba á pasar, á salir; y sin poder contener un ademán, atrájole hacia sí y buscó su mano.

Siguióse una breve resistencia, la angustia palpitante de un hombre sorprendido, atemorizado.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA RED DE FERROCARRILES DEL ESTADO DE SUMATRA

La *Revue générale des chemins de fer* ha publicado recientemente un curioso estudio de M. Post, célebre ingeniero holandés, acerca de la nueva red de ferrocarriles del Estado en la isla de Sumatra.



Fig. 1. – Ferrocarril del Estado de Sumatra. Nuevo viaducto sobre el río Anei

Esta red, no terminada todavía y cuya longitud alcanzará 177 kilómetros, efectúa transportes importantes de mercancías porque sirve para la exportación de los productos indígenas, como el café y el arroz, y para el transporte de las hullas extraídas de las minas próximas al lago Singkarah, cuya riqueza de mineral estima M. de Greve en 370 millones de metros cúbicos, y permitirá más adelante la importación de los petróleos en el interior de la isla. Lo que da interés particular á estas líneas, desde el punto de vista del ingeniero de ferrocarriles, son las secciones de gran pendiente provistas de cremalleras por donde circulan los trenes ordinarios en las mismas condiciones que en las secciones de línea de simple adherencia. Esta es, según creemos, la primera vez que se han intercalado líneas de cremallera en una red de tanta importancia; por esto hemos creído interesante dar algunos detalles sobre este particular, tomándolos de la nota de M. Post y adicionándolos con ciertos datos comunicados por M. de Riggenbach.

El trazado del ferrocarril es el siguiente: arranca de Lunto, á una altura de 270 metros; remonta el valle por medio de pendientes de 17 milímetros por metro como máximo y de curvas de 150 metros de radio como mínimo, hasta llegar á un túnel de 826 metros de longitud; penetra luego en el valle del Lassi, por donde asciende en pendientes de 20 milímetros hasta la cima secundaria de Solok, á 416 metros de altura, y sigue la orilla del lago con pendientes medias de 8 milímetros, evitando en lo posible los conos de deyección procedentes de la erosión de las rocas que en gran número se encuentran en la llanura. Desde Batu-Tabal hasta Padang-Pandjang el terreno presentaba una pendiente muy acentuada que habría obligado á dar un desarrollo excesivo á una línea de simple adherencia, por lo cual, después de un estudio minucioso, se resolvió aceptar una rampa de 50 milímetros dotándola de una cremallera.

Preciso es observar, por lo demás, que esta solución que ha permitido disminuir en proporción muy notable los gastos del primitivo proyecto, no constituía ninguna nueva dificultad para la explotación, pues las locomotoras mixtas empleadas pueden arrastrar en esa rampa de 50 milímetros con cremallera la misma carga que en la de 13 milímetros admitida para la vía lisa. Ya se comprende, sin embargo, que la velocidad de marcha de los órganos disminuye en proporción inversa de los esfuerzos así desarrollados.

En Padang-Pandjang, punto situado á 773 metros de altura, hay un ramal que se dirige á Fuerte de Kock, centro militar, que es el lugar principal de guarnición de las tropas holandesas que ocupan aquel territorio. El trazado se eleva á una altura de 1.154 metros sobre el nivel del mar para franquear en Kota-bari la garganta que separa al temido volcán de Merapi, Moro-Api ó Fuego destructor, del de Singalang, y desciende desde allí al fuerte situado á una altura de 920 metros. Esta sección tiene pendientes de 80 milímetros por metro y es casi toda ella de cremallera.

Hasta Padang-Pandjang la vía sigue por la alta meseta populosa y salubre de Menang-Kabreo, que viene á ser el *sanatorium* de los oficiales y funcionarios convalecientes. M. Post hace notar que esos países, en extremo ricos, tienen una población tan densa como la de los países europeos más poblados. Padang-Pandjang, que es residencia de los funcionarios y capital de la provincia de las Cuatro Kotas, ocupa el borde de esta meseta.

Al salir de esa ciudad, el ferrocarril desciende la vertiente por una pendiente abrupta que llega hasta Kaiun-Tanam y se dirige luego al puerto de Padang, en el Océano, que es uno de los más activos mercados de Sumatra. La sección de Padang-Pandjang á Kaiun-Tanam es casi toda de cremallera con pendientes de 70 milímetros por metro: en vía lisa la pendiente alcanza 23 milímetros.

Más allá de Kaiun-Tanam la línea continúa, por el contrario, en vía lisa y la rampa queda limitada á 6 milímetros por metro yendo hacia Padang, pero alcanza 8 y 12 en sentido inverso. Al llegar á Padang la línea se bifurca, dirigiéndose un ramal á Pulu-Ayer y otro á Puerto Emma, que es el término de la vía. Estos dos puntos deben ser considerados más bien como dependencias de Padang, villa que, fuera del barrio central, presenta el aspecto de un gran parque con sus casas aisladas, rodeadas de jardines y diseminadas en una superficie considerable.

La preparación del terreno donde debía asentarse la vía exigió la construcción de importantes terraplenes, acerca de los cuales sólo mencionaremos la curiosa aplicación que en ellos se hizo de la propiedad que posee el agua corriente de arrastrar la tierra y depositarla en el punto en donde la velocidad de aquélla disminuye.

«El agua es conducida, dice M. Post, por canalizos á veces de muchos kilómetros de longitud: los obreros cavan la tierra y el agua la lleva á largas distancias, gracias á las fuertes pendientes. En el punto en donde se quiere levantar el terraplén constrúyense estacadas de bambúes que dejando pasar el agua y el limo retienen las tierras sólidas, el casquijo y la arena. Estos terraplenes ofrecen la mayor solidez, y durante la ejecución de los trabajos puede transitarse por ellos á pie y á caballo. La pérdida de materiales es de 25 á 30 por 100.»

Existen además en esta línea una porción de obras de fábrica, especialmente conductos de agua, acueductos de palastro ó sifones de hierro fundido, cuya instalación ha sido necesaria para no perturbar el sistema de riego de los arrozales que el ferrocarril atraviesa.

Entre los puentes metálicos hay el viaducto (fig. 1) que cruza sobre el río Anei en el punto de su confluencia con el Puti, entre Padang-Pandjang y Kaiun-Tanam. Este viaducto, situado en uno de los paisajes más pintorescos, presenta bonito aspecto, según puede verse en el grabado: forma una rampa de 68 milímetros y está provisto de cremallera, la cual, para no pesar demasiado sobre el puente, está amarrada á los pilares extremos, que de este modo reciben el esfuerzo lateral transmitido por la reacción de la rueda dentada de la locomotora, mientras que el puente sólo soporta el peso vertical. Para resistir á este esfuerzo longitudinal, los montantes están dispuestos perpendicularmente á la vía y presentan, por consiguiente, una inclinación respecto de la vertical.

Por lo que toca á la estructura superior, haremos mención especial de las traviesas metálicas, cuyo uso se impone en los países cálidos, donde la madera se descompone muy rápidamente. Estas traviesas son de perfil variable, calculado según el esfuerzo teórico soportado á cada punto. Este tipo muy conocido y justamente apreciado débese á M. Post y ha sido aplicado distintas veces en Europa y ensayado en Francia en algunas secciones de los ferrocarriles del Estado.

La fig. 2 representa los dos tipos de traviesas empleados: las de la vía ordinaria se estrechan en el centro (n.° 1); las de las secciones de cremallera son, por el contrario, enteramente rectas y llevan en el centro dos agujeros para fijar los rieles dentados (n.° 2). Las traviesas pesan 39 kilogramos cada una y el metro de vía ordinaria 105.

La cremallera Riggenbach está formada, como es sabido, por una especie de escala metálica, y sus escalones van remachados sobre dos montantes verticales en forma de U fijados en las traviesas. A la entrada de las secciones en cremallera, ésta presenta una parte móvil, chaflanada, asentada sobre un muelle que debe ceder gradualmente bajo la acción de la rueda dentada motriz de la locomotora á fin de facilitar el engranaje.

La tracción se verifica por medio de dos tipos de locomotoras, uno con máquinas ténders de simple adherencia con dos ejes acoplados, que sólo pueden funcionar en las secciones lisas y cuyo peso total en servicio es de 26 toneladas; y otro con máquinas mixtas de un peso total de 26 toneladas, que pueden funcionar en las secciones lisas y en las de cremallera.

La máquina lleva tres clases de frenos y va enganchada á la cola del tren, empujándolo para subir y conteniéndolo al bajar. Los vagones son del tipo americano y los de mercancías pueden llevar 20 toneladas de carbón cada uno.

Los trabajos de construcción han sido realizados en gran parte por chinos y por presidiarios deportados, de quienes se obtiene una labor regular y satisfactoria á fuerza de vigilancia y de tacto.

La sección de Pulu-Ayer á Padang-Pandjang está abierta á la explotación desde 1.° de julio de 1891 y hoy la línea llegará ya á la estación de Fuerte de Kock.

Los resultados de la explotación son muy satisfactorios, dado el poco tiempo que hace que la línea presta servicio, y los mismos indígenas no han manifestado la vacilación que se temía en recurrir al transporte por medio de los vagones de fuego, como ellos les llaman.

Un horario decorativo policromo, en donde la Compañía ha hecho poner inscripciones en holandés, malayo, javanés y chino, señala la hora de llegada y de salida de los trenes, la altura sobre el nivel del mar y la temperatura de las principales estaciones de convalecencia, y contiene además bellísimos paisajes que reproducen algunos encantadores sitios del país por donde cruza el camino de hierro y varios de los productos que en aquel territorio se obtienen, así como las principales obras de fábrica de la línea.

(De *La Nature.*)

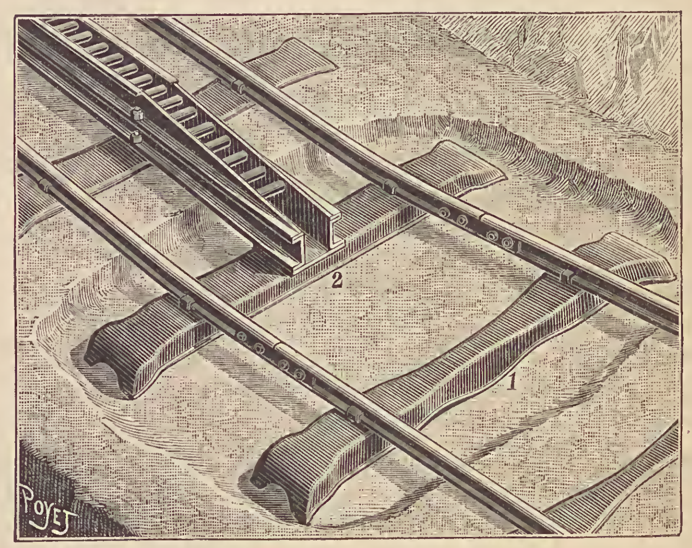


Fig. 2. – Traviesas empleadas en el ferrocarril de cremallera de Sumatra

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

A DOS VIENTOS. CRÍTICAS Y SEMBLANZAS, *por D. Ramón D. Perés*. – Estudio crítico de algunas de las principales figuras de las literaturas catalana y castellana. – I. López, editor. Véndese en las principales librerías.

***

EL SANTO PATRONO, *por D. José Mª Matheu*. – Novela de costumbres políticas contemporáneas, de acción interesante y personajes bien cencebidos y dibujados, escrita en elegante estilo. – Editada por «La España editorial.» – Véndese al precio de 3'50 pesetas en las principales librerías.

***

DOÑA BERTA CUERVO. SUPERCHERÍA. *Por D. Leopoldo Alas*. – Bellísimas narraciones que, como todo cuanto sale de la pluma de *Clarín*, se leen no sólo con gusto sino con verdadera avidez. – Madrid. Fernando Fe, editor. Véndese al precio de 3 pesetas en las principales librerías.

ZARAGOZA ARTÍSTICA MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor*. – Se han publicado los cuadernos 52 á 55 de esta importante obra, que contienen interesante texto y ocho excelentes fototipias. – Suscríbese al precio de 2 pesetas el cuaderno en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, Zaragoza.

***

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY, de 1890. – Completísima colección de interesantes datos sobre aquel Estado de la América del Sur, publicada por la Dirección de Estadística general.

***

O PROBLEMA MEDICO LEGAL NO PROCESO URBINO DE FREITAS. – Notable compilación que de los documentos médico-legales que se adujeron en este famoso proceso ha hecho la acreditada revista científica *Coimbra Médica*.

***

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA. – Se han publicado los cuadernos 2 al 6 de la notable edición ilustrada y en letra bastarda española de D. Ceferino Gorchs. – Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en casa del editor (Cortes, 192, Barcelona) y en las principales librerías.

***

VERDADES Y FICCIONES, *por Juan Tejón y Rodríguez de la Granda*. Ilustraciones de *Gartner, Blanco Coris* y *Fernández Alvarado*. – Colección de bellísimas poesías que justifican la fama que ha logrado conquistarse el distinguido poeta malagueño. El tomo, elegantemente ilustrado, véndese en las principales librerías al precio de 2 pesetas en España y 3 en Ultramar.

***

EL PRÍNCIPE NEKHLI, *por el conde León Tolstoi*. – RENATA MAUPERIU, *por E. y J. Goncourt*. – EL DANDISMO Y JORGE BRUMMEL, *por J. Barbey d'Aurevilly*. – Libros á cual más interesante, cuyo mejor elogio queda hecho con decir que son dignos de la universal nombradía de que gozan sus respectivos autores en el mundo literario. Forman estas obras parte de la notable colección de libros escogidos que publica en Madrid *La España Moderna* y se venden al precio de 3 pesetas cada uno en las principales librerías.

CANSADA DEL BAILE, cuadro de D. Maximino Peña. (Exposición de Bellas Artes de Berlín.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XI — Barcelona 28 de marzo de 1892 — Núm. 535

(Véase el núm. 533)

CUATRO HOMBRES Y UN CABO, *por Apeles Mestres*



26. se convence de que lo más razonable es dejar de centinela al fusil y largarse á su casa.



27. Llegada la hora del relevo ¡tercer dolor!... El cabo Rodríguez se encuentra con que el individuo Sánchez ha desaparecido sin quedar de él más que el fusil.



28. El cabo Rodríguez en persona, ayudado por el único individuo que le queda, recoge el fúnebre resto de Sánchez.



29. —Esta es la mía—dice el individuo Pérez. Y comprendiendo que si permanece un minuto en su puesto no va á quedar nada de él...



30. regresa á su casa sin tomarse la molestia de dejar su fusil.



31. ¡Cuarto dolor!... El cabo Rodríguez advierte estupefacto que ni rastro ha quedado de su último individuo.



32. El cabo Rodríguez—hombre chiquito ¡pero!...—permanece de centinela. Otro tanto hizo el vencedor de Arcola.

(Continúa en la pág. III)

(Véase en la pág. II)

CUATRO HOMBRES Y UN CABO, *por Apeles Mestres*



33. Pero presintiendo que con su muerte quedaría completamente abandonada la guardia, decide entrar en el principal para mandar un parte al capitán de su compañía.



34. ¡Cielos! ¿qué es lo que ve?... Los cuatro cadáveres durmiendo como bienaventurados junto al fuego.



35. Convencido de que no se trata de cadáveres sino de desertores que con el calor del nuevo día han regresado al cuerpo de guardia, da una hojeada á la ordenanza.



36. El caso es grave, la ley terminante. Debe fusilar á sus subalternos ¡á sus amigos!



37. ¿Cómo cumplir con la amistad sin faltar á la ordenanza?... El cabo Rodríguez—hombre chiquito ¡pero!...—se siente inspirado: medita y escribe de su puño y letra la sentencia.

Sentencia

Ha tendido que las fuerzas de mi
mando sean avandonado en el
pepeligro
Considerando que esto es faltar ala
ordenanca
aziendose. cargo de que esto es desertar
Y suponiendo que este delidelito estaeas tigado
en el arti culo 40000 de la la ordenanza
con la ultima pena
Yo constituido en tribunal por la Grasia de la
constitucion fallo
que los 4 indibiduos desertores Gomez
Lopez Perez y Sanchez sean pasados
por las armas por los cuatros ombres de
mimando Sanchez Perez Lopez y Gomez
Ha 31 de di zienbre 1820
Y el cabo Rodriguez

38. Hé aquí tan importante documento.



39. Y haciendo formar á los delincuentes les lee la fatal sentencia.

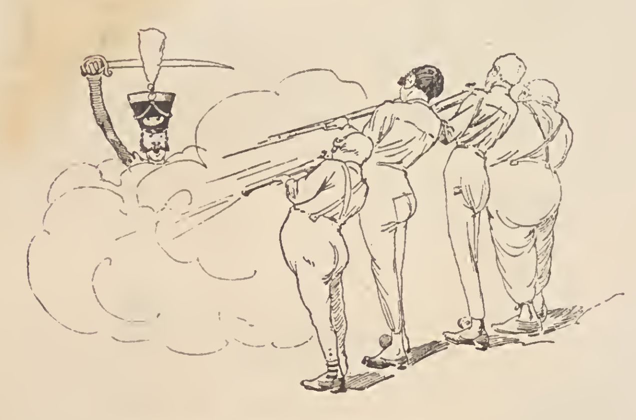


40. Pero entendámonos: el condenado á muerte no es el compañero sino el militar cobarde.

(Continúa en la pág. IV)

(*Véase la pág. III*)

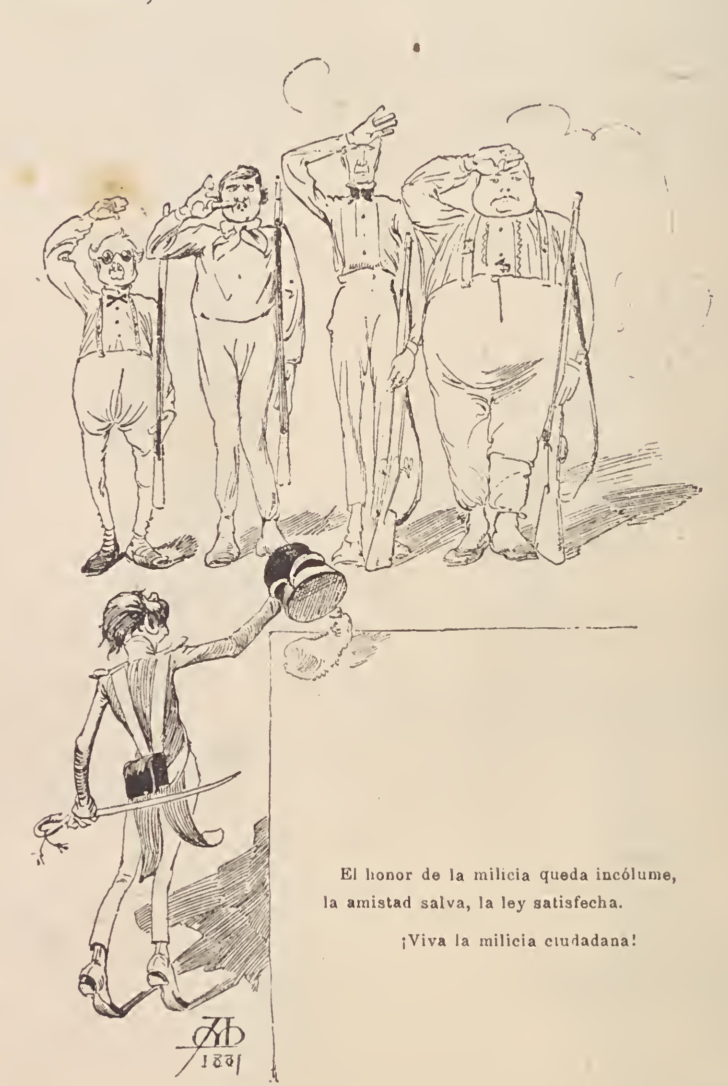
CUATRO HOMBRES Y UN CABO, *por Apeles Mestres*



41. Y aunque cariñoso como amigo, inflexible como jefe, lanza la voz de ¡fuego!



42. y ruedan por el suelo cuatro cadáveres exánimes.



El honor de la milicia queda incólume,
la amistad salva, la ley satisfecha.
¡Viva la milicia ciudadana!